



“El intelectual mexicano contra la totalización de la vida
(1934-1940)”

p. 153-208

La traición de los intelectuales mexicanos

Santiago Barrios de la Mora

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto
de Investigaciones Históricas/Universidad Veracruzana

2024

272 p.

ISBN UV 978-607-8969-17-3

ISBN UNAM 978-607-30-8819-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/817/traicion-intelectuales.html>

D. R. © 2024. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

IV. EL INTELLECTUAL MEXICANO CONTRA LA TOTALIZACIÓN DE LA VIDA (1934-1940)

CUESTA Y EL ACONTECER POLÍTICO: EL CARDENISMO

En 1933, Jorge Cuesta había escrito en contra de la educación socialista, uno de los primeros síntomas de lo que Luis Aboites y Engracia Loyo llaman “el ascenso del radicalismo”, que en México se asocia generalmente con el cardenismo.¹ En 1934, Cuesta amplió la mirada y reflexionó sobre los cambios que experimentaba la dinámica política del país: una decadencia de la política.² No es casualidad que ese año empezó una de las persecuciones más fuertes en la política mexicana. La xxxvi Legislatura reinstauró el fallido Comité de Salud Pública. La idea era barrer el camino para la llegada de Cárdenas. Su función era vigilar la filiación política de funcionarios y empleados de gobierno y otros actores de la sociedad, como los escritores. Lombardo y Bassols estaban muy cerca del Comité.³

La generación de Contemporáneos, que ya estaba totalmente desintegrada y dispersa, se encontraba en la mira. Los que polemizaron en 1925 y en 1932 contra estos escritores, junto con los arrepenti-

-
- 1 Sin embargo, fue un fenómeno más amplio que el sexenio de 1934-1940 y en el que intervinieron más personajes que Lázaro Cárdenas. Una de las más importantes acciones del cardenismo fue la educación socialista que se empezó a configurar desde antes y con figuras como Bassols y Lombardo, como ya se ha hecho patente. Luis Aboites y Engracia Loyo, “La construcción del nuevo Estado, 1920-1945” en *Nueva Historia General de México*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2010, pp. 622-623; y, Susana Quintanilla y Mary Kay Vaughan, *Escuela y sociedad en el periodo cardenista*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 20.
 - 2 Jorge Cuesta, “La decadencia de la política” en *Obras reunidas II. Ensayos y prosas varias*, ed. Jesús R Martínez Malo y Víctor Peláez Cuesta, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 241-243.
 - 3 Guillermo Sheridan, *Malas palabras. Jorge Cuesta y la revista Examen*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2011, pp. 73-78 y 98-103.

dos de su pasado poco comprometido y experimental buscaron que el Comité purificara a los afeminados. Por ejemplo, el estridentista Maples Arce intentó resucitar leyes contra la homosexualidad –varios Contemporáneos tenían esa orientación–.⁴ Esto duró tres años, mismos en los que Cuesta se mantuvo muy activo escribiendo sobre temas políticos.

La trayectoria de Azuela recuerda la de tantos otros creadores que por las mismas fechas sintieron la necesidad de renegar de su pasado vanguardista [...] Es decir: el eclipse o el olvido de la vanguardia es, en gran medida, obra de los mismos vanguardistas arrepentidos, llámese Borges, Carpentier, Maples Arce o Azuela.⁵

Era necesario arrepentirse y comprometerse con la causa nacional y eso implicaba atacar a los otros, los que no se habían redimido; esta actitud aseguró las carreras políticas de varios escritores. Por ejemplo, Héctor Pérez Martínez, arduo defensor del nacionalismo en la polémica de 1932, tuvo una trayectoria burocrática ascendente, Maples Arce se volvió muy influyente y Mariano Azuela fue “consagrado como miembro del Colegio Nacional y reconocido con justicia como el inventor de la novela de la Revolución Mexicana”,⁶ mientras creaba una leyenda negra para las novelas experimentales de las que él había sido pionero. En contraste, después de 1932, Cuesta quedó a merced de ingresos propios.⁷ La presión sobre cualquier arte no comprometido llegó a un punto climático durante los primeros años de la presidencia de Lázaro Cárdenas. Paz narra que:

4 *Ibid.*, pp. 98-101.

5 Renato González Mello y Anthony Stanton, *Vanguardia en México 1915-1940*, Ciudad de México, Conaculta/INBA/Museo Nacional de Arte/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2013, p. 26.

6 *Ibid.*, p. 25.

7 Guillermo Sheridan, *México en 1932: la polémica nacionalista*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 109-110.

La segunda campaña contra los “Contemporáneos”, la más violenta, ocurrió durante el régimen del general Cárdenas. En esta ocasión el ataque no vino de los conservadores sino de los revolucionarios, y no fue, como en el caso de *Excélsior*, un ataque contra el gobierno, sino desde este. Fue una ofensiva contra la literatura libre y, además, una expresión del resentimiento de escritores y artistas mediocres y acomodaticios. La ideología, una vez más, fue la máscara de la venganza. Varios diputados, coreados por funcionarios de Bellas Artes y por escritores “progresistas”, los denunciaron como reaccionarios y los llamaron poetas exquisitos, decadentes y cosmopolitas.⁸

A diferencia de los años veinte, la capacidad que tenía el Estado para influir y presionar sobre el rumbo de actividades no políticas, como pretender la rectoría sobre la cultura del país, respondía a un fortalecimiento de la estructura que sostenía al gobierno central. A inicios de los años treinta, había “dificultades para reestructurar el nuevo mercado político, de tal manera que incluyera cabalmente las demandas de las clases medias urbanas y rurales”.⁹ Ejemplos de ello eran la cruzada vasconcelista y la Cristiada.

Sin embargo, al inicio de su presidencia, Cárdenas tomó acciones inmediatas que desestructuraron a oponentes peligrosos y lo fortalecieron. El sustento de dichas acciones fue hacer de la nación un ente superior por encima de los intereses individuales o de grupo.¹⁰ Por lo tanto –sostiene Hernández Chávez–, se fortaleció al Estado y al presidencialismo, cuyo poder fue omnímodo:

8 Octavio Paz, “Contemporáneos” en *Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México. 2. Modernistas y modernos*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 168-169.

9 Alicia Hernández Chávez, “El Estado nacionalista, su referente histórico” en *Enrique Cárdenas, Historia económica de México*, trad. Eduardo L. Suárez y Leticia Leduc, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 113.

10 Dentro de las acciones tomadas por Cárdenas pueden mencionarse que cambió comandancias militares, removió gobernadores, quitó la inamovilidad de los jueces de la Suprema Corte de Justicia y reformó el Artículo 27 para darle capacidad de expropiar. *Ibid.*, p. 114.

se configuró al amparo de una dimensión nacionalista un sistema político-económico formalmente estructurado de manera corporativa sustentada sobre dos cuerpos: el obrero y el ejidal, que canceló la participación ciudadana [...] El modelo político contenía en su seno el potencial de un estado y poder ejecutivo tendencialmente conservador y autoritario.¹¹

Los poderes de la unión cedieron su autonomía a favor del proyecto de la nación. Se redactó el primer Plan Sexenal, que fue concebido como “modelo para avanzar e inclusive acelerar el desarrollo económico y social del país”,¹² es decir, una economía mixta en la que la función del Estado se redefinía como rector económico y balanza sociopolítica. El radicalismo popular trató de aprovechar las oportunidades que se abrían mediante el nuevo pacto social que proponía el presidente,¹³ pero también hubo oposición en sectores como clases medias o élites, principalmente a partir de la reforma al Artículo Tercero en 1934.¹⁴ Los periódicos *Excélsior*, *El Universal*, *Omega* y *El hombre libre* se convirtieron en referentes de las críticas a la reforma.¹⁵

TRES AÑOS FRENTE AL MUNDO CARDENISTA

El primer texto que Cuesta publicó en el año de 1934, “La cultura francesa en México”¹⁶, planteó una visión de lo que era para él su país. Sin embargo, a pesar de su temática cultural, se convirtió en base fundamental para el desarrollo de sus ideas políticas posteriores; por ello es importante estudiarlo con detenimiento en este capítulo. Por un lado, recopiló muchas de las nociones desarrolladas en textos previos para

11 *Ibid.*, p. 121.

12 *Ibid.*, pp. 115-116.

13 Aboites y Loyo, *op. cit.*, p. 625.

14 Soledad Loaeza, “La trayectoria de las clases medias” en *Las clases medias*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1988, pp. 65-118.

15 Aboites y Loyo, *op. cit.*, p. 626.

16 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.*, pp. 220-224.

dar un cuadro completo de lo que él entendía por México. Por otro lado, este texto se insertó en una larga argumentación de cómo entender a la nación y, en consecuencia, a dónde debía proyectarse. Esta discusión fue relevante en los círculos sociales e intelectuales de Cuesta, ya que además de la xenofobia literaria, ese mismo año, Samuel Ramos publicó *El perfil del hombre y la cultura en México*,¹⁷ donde exponía la tesis del complejo de inferioridad del mexicano y la fundamental copia en la que estaba basado el nacionalismo mexicano: incluso el nacionalismo, escribió Ramos, era una copia. Este libro contextualiza la discusión que rodeaba al ensayo “La cultura francesa en México”.¹⁸

Cuesta dio la razón a Ramos respecto a que el origen de México estaba en un acto externo, pero aquél pensaba que se localizaba en la cultura francesa, no en los “aborígenes”, es decir, los indígenas, o en los españoles: “es patente en nuestras obras literarias, artísticas, escolares, políticas y jurídicas”.¹⁹ Por lo tanto, se diferenciaba de dos de las tendencias dominantes en el medio cultural mexicano: el indigenismo, por ejemplo, Diego Rivera, y el hispanismo, por ejemplo, Xavier Villaurrutia. Esto no significa que estaba abrazando lo francés para abandonar lo propio, pero sí establecía en la influencia de la cultura francesa la verdadera esencia de lo mexicano. Este influjo se percibía en la posibilidad de universalismo, en el radicalismo y en la herejía descartada de lo mexicano, como Cuesta expuso unos meses después en “El clasicismo mexicano” de 1934.²⁰ Octavio Paz escribió: “Su afrancesamiento era una libre elección no de un particularismo (el francés) sino de un universalismo”.²¹

17 Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Ciudad de México, Imprenta Mundial, 1934.

18 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.*, pp. 220-224.

19 Cuesta, “El clasicismo mexicano” en *op. cit.*, p. 221.

20 *Ibid.*, pp. 259-269. Cuesta escribió una reseña un poco ambigua de este libro hasta 1935. *Vid.* Cuesta, “La nacionalidad mexicana” en *op. cit.*, pp. 315-318.

21 Octavio Paz, *Xavier Villaurrutia en persona y obra*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 27 *Apud.* Krauze, “El temple de la cultura” en Roderic Ai Camp, et al. (eds.), *Los intelectuales y el poder en México: memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses*, Ciudad de México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1991, p. 588.

La cultura francesa en México fue el laicismo y el radicalismo, y llevó al país a una política libre, desarraigada de vida económica y religiosa para la libertad. Francia y México eran pueblos revolucionarios, vanguardistas y, por lo tanto, universales. El deber y la significación de cultura mexicana eran abrirse hacia el exterior, hacia el mundo. Pero esto no se traduce en algo malo, ya que, así como lo francés no era valioso por ser un particularismo, lo mexicano era valioso por elevarse a lo universal. El sustento era histórico:

La guerra de Independencia fue obra de “ideas francesas”. La guerra de Reforma, aún prolongada contra la propia Francia, fue el triunfo de las ideas republicanas y del Estado laico, las más representativas creaciones políticas francesas; puede decirse que fue un triunfo de Francia contra Francia [...] Nuestra existencia posterior a la guerra de Reforma, hasta nuestra más reciente Revolución, se caracteriza como un movimiento social para afirmar de un modo definitivo el poder de una política *revolucionaria*, que no posee una significación histórica y revolucionaria diferente a la del radicalismo francés [...] Nuestra Independencia fue la fundación radical de un Estado original y libre; nuestra Reforma, la liberación radical de nuestra sociedad política respecto de su dependencia religiosa; nuestra última Revolución no es otra cosa que una liberación radical de nuestra misma sociedad política respecto de su dependencia económica.²²

En el texto, mostraba por qué encontraba en sus lecturas afrancesadas algo que le hacía eco en su propia realidad y en el vanguardismo que exigía el arte moderno. También hacía patente su fobia a otras respuestas acerca de qué era lo mexicano. Consolidó una idea de proyecto de nación que, con el transcurso de los años, se hacía cada vez más evidente: una nación crítica y de libre creación.

22 Cuesta, “El clasicismo mexicano” en *op. cit.*, p. 222.

Por lo tanto, era necesario que en el país se dejaran los formulismos políticos –doctrinas– y los límites que estos imponían: que fuera libre aquella nación que, como él en la literatura, debía encontrarse en lo que no estaba dado, es decir, en la creación revolucionaria. Solo así México podía ser virtuoso y grande, porque, retomando a Nietzsche, aspiraba a serlo no por creer que lo bueno era lo mediocre –lo particular–, sino porque lo bueno era ser lo más grande que existía, lo universal. Se puede pensar que, más que un antinacionalista,²³ Cuesta aspiraba a que su nación fuera tan grande como aquella literatura que defendía en 1932, aquella que se encontraba en crisis y expandía el espíritu. Krauze piensa que Cuesta “cree ver en el desarraigo lo mexicano fundamental y nos invita a insertar nuestras peculiaridades en una tradición más amplia”.²⁴

Cuesta tampoco pensaba que esta actitud fuera la esencia de toda la complejidad de la sociedad mexicana, sino solo de una pequeña parte. Era la que aspiraba a encontrar su grandeza en la revolución, el acto crítico de la política. La cultura francesa solo había sido cultivada por un grupo selecto de personas a lo largo de la historia mexicana, pero a pesar de ser selecto, eran quienes habían construido a la nación. Podría pensarse que partía de una posición clasista, pero más que estar refiriéndose a que la élite de la sociedad era la que realmente había construido al país, se debe pensar en el horizonte de su discusión: se distanciaba de los indigenistas, no de los indígenas; de los nacionalistas, no de la nación. Aquellos espíritus selectos eran los que el escritor había

23 Cfr. Víctor Hugo Lozada Illescas, *Nacionalismo viejo y nuevo :Jorge Cuesta y la experiencia de autonomía intelectual ante el poder*, Ciudad de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán/ Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2015; Víctor Hugo Lozada Illescas, “Autonomía intelectual y política ante los nacionalismos en América Latina: José Carlos Mariátegui y Jorge Cuesta”, tesis para obtener el grado de Maestro en Estudios Latinoamericanos, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014; y Víctor Hugo Lozada Illescas, “La tinta en el mural: la crítica política y cultural de Jorge Cuesta a los nacionalismos deformantes”, tesis para obtener el grado de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

24 *Ibid.*, p. 587.

incluido en su *Antología de la poesía mexicana moderna*,²⁵ aquellos que habían logrado ir más allá de lo dado. La cultura francesa no necesariamente era parte de la élite liberal del siglo XIX o del Porfiriato, que se regocijaba de imitar los moldes franceses para sentirse más europea; más bien, fue acogida por quienes supieron romper los modelos. No eran los que copiaron a las vanguardias europeas o los que crearon un manifiesto que emulara estas corrientes artísticas –los estridentistas–, sino quienes vieron más allá de sus límites; los que se acercaron al espíritu revolucionario de los franceses o de las vanguardias y encontraron en la pobreza espiritual de México el mejor espacio para la libre creación. Los políticos o los artistas que justificaban su mediocridad en lo hecho por otros –indígenas, héroes del pasado, grandes literatos– solo estaban robando,²⁶ estaban invirtiendo los valores según la lectura de Nietzsche: ser grande por robar creaciones y no por crear. Por eso escribía Cuesta:

Pero hay que advertir que, fuera de esa reducida minoría, la nación ha sido creación y responsabilidad exclusivas de esa minoría, y que, fuera de su descastada cultura, fuera de sus desarraigadas obras, no han existido ni voluntad ni conciencia nacionales dignas de ese nombre.²⁷

Cuesta definió con claridad su idea sobre uno de los temas pilares en cualquier discusión durante los años treinta. Como se mencionó, a partir de Cárdenas, las decisiones políticas estuvieron determinadas y sustentadas por la noción de la nación como ente superior, por encima de los intereses individuales o de grupo.²⁸ De qué fuera México, dependía cuál de los caminos en boga tomar: la derecha y el fascismo, o la izquierda y el comunismo.

25 Cuesta, “Prólogo a la Antología de la poesía mexicana moderna” en *op. cit.*, pp. 101-103.

26 Cuesta, “Un artículo” en *op. cit.*, pp. 130-132.

27 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.*, p. 221.

28 Hernández Chávez, *op. cit.*; y Aboites y Loyo, *op. cit.*, p. 620.

Por lo tanto, que Cuesta definiera la identidad cultural de la nación fue fundamental para el debate posterior sobre los temas políticos: discutió sobre los posibles rumbos del país y su idea de México determinó sus posturas. Por ejemplo, en el ensayo sostenía que la esencia del país era el radicalismo y “Su resultado es una política libre –exterior a los intereses religiosos y económicos, habituales en el individuo–”,²⁹ idea que se oponía a que el proyecto de nación debía ser el avance económico, como se estaba formulando en el Plan Sexenal. Durante los años siguientes, el ataque del escritor a la política determinada por lo económico fue constante; al final, lo que planteó en ese escrito condicionó muchas de sus nociones políticas, pero no siguió posicionamientos dados, ya que su reflexión debía ser crítica y con libertad.

En el mes de abril, Cuesta escribió el primer ensayo en el que hacía una valoración general de la política³⁰ del país, “La decadencia de la política”.³¹ El texto basaba sus argumentos en la comparación entre el arte y la política: el valor de los dos dependía de que no estuviesen bajo el mando de algo externo, por ejemplo, alguna fe religiosa, ideología, plan o creencia. De lo contrario, la política perdía su responsabilidad sobre sí misma, porque se entregaba a un ideal ascético, si se piensa desde su lectura de Nietzsche, y neutralizaba su riesgo, domaba la crisis y sacrificaba la libertad y la crítica.

La obra de arte que no toma su valor de ella misma, sino de otra cosa – una escuela, un molde clásico, una fe religiosa, una unidad “social”, una doctrina política, un interés económico, etcétera–, abandona, sin duda, su valor propio; su valor ya no es suyo. [... De igual forma es] imposible poner un mando por encima de la política. Una política sin mando y sin responsabilidad es una política en decadencia y pronto es arrollada por

29 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.*, p. 222.

30 Se entiende como las acciones dentro y por las instituciones de administración pública (gobiernantes, reformas, leyes, decisiones sobre temas públicos).

31 Cuesta, “La decadencia de la política” en *op. cit.*, pp. 241-243.

los hechos. La grandeza de la política está precisamente en su riesgo, en sus vicisitudes y contingencias. Y en cuanto abandona su riesgo, se empequeñece. En cuanto abandona su responsabilidad y la confía a una entidad metafísica, solo pone en manifiesto la debilidad de su poder. Pues ninguna entidad metafísica tiene capacidad de gobernar.³²

En su pensamiento, el problema ya no recaía en sujetos en específico – por ejemplo, Lombardo y Bassols– que buscaban sacar provecho de las instituciones sociales, como la Universidad o las escuelas.³³ En ese momento, la política en general estaba dirigida por mediocres que necesitaban de un plan porque no podían con la responsabilidad que implica el riesgo de la política: “una substitución de hombres por la técnica y por el plan”.³⁴

Esta visión de la nueva forma de la política llevó a Cuesta a la conclusión –un mes después– en el texto “El diablo de la poesía”, de que la Revolución estaba en decadencia, ya que, así como la poesía de Villaurrutia, la Revolución solo podía ser el temperamento de la excepción y el peligro. Es interesante la analogía que hace entre la Revolución y una visión de la poesía basada en la lectura de Baudelaire³⁵ y de Nietzsche. Escribió: “He aquí por qué son inseparables el diablo y la obra de arte, la revolución y la poesía”: necesitaban de la herejía y, por lo tanto, los poetas y los políticos no serían comunistas “hasta que no se hagan revolucionarios: hasta que no depraven el comunismo, haciéndolo sensible al pecado”.³⁶ Es decir, definía a la decadencia de la política como un periodo de estabilidad, de formas dadas. Así como el arte debía ser clá-

32 *Ibid.*, pp. 242-243.

33 Cuesta, “La política en la Universidad” y “La autonomía de la Universidad” en *op. cit.*, pp. 189, 194 y 207-211.

34 Cuesta, “Plan contra Calles” en *op. cit.*, p. 281.

35 Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, trad. Antonio Martínez Sarrión, Madrid, Alianza, 2015.

36 Cuesta, “El diablo en la poesía” en *op. cit.*, p. 245; y, Pedro Ángel Palau, “Un pesimista socrático. Decepción y tradición en Jorge Cuesta” en *Revista Crítica Literaria Latinoamericana*, año 33, núm. 65, 2007, p. 143.

sico mediante la superación de las escuelas y las corrientes estéticas, para la política revolucionaria era necesario aspirar al riesgo y, en consecuencia, a no subordinarse a una fe: debía pecar y depravar los supuestos. Veía las respuestas políticas en boga como limitaciones a las posibilidades de acción: controlaban la crisis y la libertad provocada por la Revolución, pues quitaban el acto crítico a la política mexicana.

Cuesta aterrizó estas ideas en “La crisis de la Revolución” de junio de 1934.³⁷ La tesis del ensayo era que el horizonte amplio de acción política con imaginación se había transformado en uno estrecho donde los “curas” preconizaban doctrinas políticas. Según su lectura de Nietzsche, estas personas sustituían la realidad por un mundo inexistente y dominaban el porvenir con sus ideales y sus programas. Temían que la libertad pusiera de manifiesto su incapacidad intelectual y, en consecuencia, había que controlarla con antiliberalismo, aunque eso provocara que la política se desvinculara del progreso de la cultura: sin libertad, no había progreso.

La época anterior gravitaba sobre el porvenir, y era más libre; la actual comienza a gravitar sobre el pasado, encadenándose. El reino de los hechos ha sucedido al reino de los actos. Para triunfar hoy en la vida pública es menester una buena memoria y ninguna imaginación. [...] Las doctrinas y los programas tienen el tono y la gravedad de testamentos. Todo es una pura y celosa precisión del mañana, para prohibirle ser de un modo diferente a como se piensa que debe ser desde ahora. [...] Las palabras que gozan del favor del mundo son: “dictadura”, “control” y “plan”.³⁸

Señalaba que México había puesto fin a la fábrica del auténtico destino nacional y optado por seguir las políticas mundiales en boga; pensaba que lo único que se lograba era separar al arte de la política. Pero, al final, consideraba que la Revolución triunfaría sobre el dogmatismo.³⁹

37 Cuesta, “Crisis de la Revolución” en *op. cit.*, pp. 251-254.

38 *Ibid.*, p. 251.

39 *Ibid.*, pp. 251-254.

Cuesta configuró a un culpable: si el arte había perdido libertad porque un grupo de políticos mediocres pensaban que este no tenía valor por sí mismo y que debía tener un contenido extra artístico para que sirviera a la sociedad, la política había extraviado su virtud a causa de un grupo de “curas” o ideólogos que generaban programas –ideales ascéticos– que debía seguir el político; se perdía la voluntad de creación de la que hablaba Nietzsche. El escritor cordobés compartía las ideas de Julien Benda en *La traición de los intelectuales*:

Pero donde los intelectuales han roto más violentamente su tradición y resueltamente hecho el juego al laico en su esfuerzo por asentarse en la realidad es con sus doctrinas, con la escala de valores que han empezado a proponer del mundo [...] Los intelectuales han predicado a los hombres esta religión del estado de fuerza y de los modos morales que lo garantizan mucho más allá del ámbito político, pero en un plano totalmente general.⁴⁰

Por lo tanto, en el horizonte de Cuesta, los “curas”, a través de doctrinas e ideologías, buscaban elevarse para dominar en la política que, a su vez, se autoproclamaba como una totalidad sobre todo lo demás; por ejemplo, sobre el arte. Todo esto lo vio claramente expresado en el Plan Sexenal que se definió ese mismo año –1934–, antes del gobierno de Cárdenas, quien era una muestra del acenso a la política por parte de los mediocres. Escribía que cuando Calles consolidó el orden constitucional, inexpertos que alardeaban de su técnica –ser políticos sin serlo– empezaron con la idea de los planes, porque no querían que la Revolución actuara sin ellos.⁴¹

En “El plan contra Calles”,⁴² Cuesta exponía la tesis de que el Plan Sexenal era producto de los inferiores que cambiaban los valores de la

40 Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, trad. Rodolfo Berraquero, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008, p. 189.

41 Cuesta, “El plan contra Calles” en *op. cit.*, pp. 276-289.

42 *Ibid.*

política pura hacia los de la política eclesiástica con un plan divino, ya que se pretendía la desaparición de una política realista, simbolizada en Calles, por una dogmática. Afirmaba que se había tratado de justificar al Plan con la idea de que la economía ponía en riesgo a la Revolución y había que dirigirla; pero, en realidad, los intereses de la burguesía tiranizaban a la política, pues le daban un contenido no propio. Para Cuesta, la política debería ser aquella que desafiaba al tiempo con actitud crítica y permitía que la realidad fluyera libremente. Esto puede relacionarse con la idea expuesta en “La cultura francesa en México” respecto a que la nación mexicana era radical, libre y original, lo cual le había permitido librarse a lo largo de la historia de la rectoría de la religión y de la economía;⁴³ por lo tanto, la política revolucionaria mexicana debería ser así.

Entonces, por un lado, en 1934 formuló una idea de nación mexicana, de la política, del estado de la política mexicana y de los rumbos que debería tomar el país, al desarrollar los argumentos de sus textos anteriores tocando nuevas temáticas y continuar la evolución de los ejes de su pensamiento: la libertad de creación y la crítica. Por eso, Isla detecta que para Cuesta “la política es junto al arte, la ciencia y la filosofía, una actividad esencial del hombre que debe someterse, al igual que estos, al mismo código de exigencias: actividad creativa rigurosa y desinteresada de minorías selectas”.⁴⁴ Por otro lado, los textos tenían el propósito de confrontar a las personas que se estaban consolidando como rectores de las políticas públicas: quienes formulaban políticas y dinámicas que consolidaban el Estado nacionalista de Cárdenas,⁴⁵ es decir, los que crearon leyes que buscaban limpiar la burocracia y la opi-

43 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.*, pp. 220-224.

44 Augusto Isla Estrada, “Introducción” en *Jorge Cuesta, Ensayos políticos*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 11.

45 Hernández Chávez argumenta que el nuevo pacto social que generó Cárdenas, con bases sociales sólidas (ejido y obrero), con el proyecto nacional como sustento y la economía como rectora, transformó el estatismo a un Estado nacionalista. Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 115.

nión pública, los que lograron que se aprobara la reforma al Artículo Tercero o los que legislaron el Plan Sexenal como rector de la política de los siguientes años.⁴⁶ Cuesta confrontaba a los que querían un Estado fuerte, cerrado y radical, el Estado potencialmente autoritario del que habla Hernández Chávez.⁴⁷ Se puede pensar en personajes específicos como Bassols, Lombardo o Maples Arce. Pero en la “La reforma del Artículo Tercero” de 1933,⁴⁸ Cuesta señalaba con claridad no solo a individuos, sino a todo el Bloque Nacional Revolucionario del Partido Nacional Revolucionario (PNR), encargado de aprobar las reformas que se proponían desde el partido. Este órgano era presidido por Luis I. Rodríguez.⁴⁹

En 1935, se nota un nuevo énfasis en sus escritos. Cuesta emprendió un ataque sistemático, ya no tanto a las prácticas de la política mexicana, sino a lo que él consideraba su sustento y con lo que algunos de los políticos ya señalados defendían su actuación. Podríamos inferir que, para el escritor, era necesario no solo atacar los argumentos de sus opositores, también homogeneizar las ideas que articulaban al régimen para hacer una crítica más sistemática. En uno de sus textos con mayor profundidad, analizó el marxismo en “Marx no era inteligente, ni científico, ni revolucionario; tampoco socialista, sino contrarrevolucionario y místico”,⁵⁰ escrito en el mes de febrero. Las primeras veces que mencionó a Marx fueron en 1933 en “Una nueva política clerical” y “No hay educación socialista” pero no sus textos en sí, sino como referencia a cierto grupo de ideas. En “Marx no era...” se aprecia una lectura del filósofo; sin embargo, Sheridan menciona que para 1923, Cuesta ya había leído a Marx.⁵¹ Es claro en el escrito que el cordobés buscaba des-

46 Vid. Aboites y Loyo, *op. cit.*

47 Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 121.

48 Cuesta, “La reforma del Artículo Tercero” en *op. cit.*, pp. 212-215.

49 María Teresa Gómez Mont, *Manuel Gómez Morín: la lucha por la libertad de cátedra*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

50 Cuesta, “Marx no era inteligente, ni científico, ni revolucionario; tampoco, socialista, sino contrarrevolucionario y místico” en *op. cit.*, pp. 324-341.

51 Sheridan, *op. cit.* (1985), p. 156.

calificar al alemán como autoridad válida en la discusión política del momento. En el ensayo, Cuesta menciona y cita fragmentos en español de *El capital*, ya que para él era una de sus obras más importantes. Es probable que lo leyera en fragmentos de revistas extranjeras o en alguna edición importada por alguien cercano, ya que esta obra se editó y tradujo en México hasta los años cuarenta por el Fondo de Cultura Económica. También menciona *La Sagrada Familia*. Sin embargo, es probable que solo conociera completo el *Manifiesto comunista*, ya que sus nociones sobre Marx son más cercanas a este texto.

En dicho ensayo desarrolló varios argumentos que sostenían su tesis principal: Marx era un reaccionario. Primero, escribió que no era coherente ni sistemático, su objetivo era ganar prosélitos en toda actividad humana; en consecuencia, no servía para el proletariado. Es decir, subordinaba al trabajador, lo limitaba y le quitaba su capacidad de libre creación política. Se puede pensar que Cuesta se estaba refiriendo al uso que dio Lombardo al marxismo para movilizar a las masas.⁵²

El marxismo se sostiene y seguirá sosteniéndose en virtud de un poder religioso, como un puro estado de conciencia. Esto se ve claro en su manera de conseguir prosélitos, que es una manera exclusivamente de propaganda psicológica. Los prosélitos no son un medio para el marxismo, sino un fin: la finalidad del marxismo es el marxismo; en adquirir prosélitos encuentra su satisfacción íntima y verdadera. Cuando Marx dice: “¡Trabajadores del mundo, uníos!”, lo que rigurosamente expresa es: “¡Trabajadores del mundo, *uníos a Marx!*”.⁵³

Segundo, sostenía que la única rebeldía de Marx era hacia la injusticia de su capacidad intelectual: reemplazó al mundo objetivo por un mundo

52 En 1940, Cuesta criticó a Lombardo en una carta a Portes Gill que publicó haciendo referencia a cómo Lombardo ha utilizado la ideología para movilizar a las masas: Cuesta, “Carta a Emilio Portes Gill” en *op. cit.*, pp. 514-571.

53 Cuesta, “Marx no era inteligente, ni científico, ni revolucionario; tampoco, socialista, sino contrarrevolucionario y místico” en *op. cit.*, p. 325.

sencillo y mecánico. Su materialismo consistió en no poder concebir la economía y el mundo físico sin drama –dialéctica– y misticismo. Es decir, el marxismo no era un pensamiento crítico, ya que domaba la incapacidad de comprender al mundo a través de un pensamiento simple y mecánico teleológico. Desde los argumentos de Nietzsche, Cuesta pensaba que Marx justificaba su mediocridad en la invención de otro mundo para no resolver los problemas de este. Cualquier problema era culpa del fiel, por no haber seguido completamente el ideal ascético propuesto por Marx. Probablemente, al sostener que era mediocre intelectualmente, Cuesta se dirigía a todos aquellos ideólogos del marxismo o seguidores de él, por ejemplo, su amigo Carlos Pellicer o Diego Rivera.

Tercero, lo criticaba por individualista. Escribió que la crítica a la sociedad capitalista del alemán fue que no era tan individualista: la sociedad debía ser una voluntad subjetiva e individual, la suya. Concluyó que había un socialismo laico, objetivo y racional al que se había de aspirar, pero el del movimiento espiritual de Marx era la reacción.⁵⁴ Cuesta utilizó los conceptos “socialismo” y “reacción” y los redefinió con objeto de señalar a los que elevan su actuación política como revolucionaria por el simple hecho de basarse en Marx.

El escritor veía en el uso de los argumentos marxistas un intento de subordinar todo a la voluntad de un individuo –se podría pensar en Cárdenas, Lombardo o Bassols–. El juicio de Cuesta a los políticos mexicanos que hacían uso de este dogma era muy semejante al que hacía contra Marx, como queda de manifiesto en los textos de febrero “El marxismo en el poder” y “No hay educación socialista”. El centro de los argumentos de estos artículos radicaba en que la política del marxismo era reaccionaria porque tiende a la significación sagrada de la autoridad por encima de la razón, al igual que en el fascismo. Por ello, señalaba que la misión política de los marxistas no era la abolición de la propiedad privada, sino el poder: el burgués no había desaparecido por-

54 *Ibid.*, pp. 324-341.

que lo necesitaban para justificar su gobierno. El fundamento de su autoridad era enseñar su verdad para adecuar actos humanos a su evangelio político; había que establecer la autoridad sobre los trabajadores para dominarlos.⁵⁵

una política religiosa y mística no puede aspirar sino a conceder una significación sagrada a la autoridad que ejerce, a fin de poner su derecho de ejercerla por encima de la razón [...] La doctrina de Marx no es una crítica revolucionaria del poder, sino una consagración religiosa del poder.⁵⁶

La reflexión sobre el marxismo en los ensayos señalados se da unos meses después de la toma de posesión de Cárdenas en diciembre de 1934. Esto hace pensar que Cuesta fue parte de la retórica que concibió el acenso del michoacano como la llegada del marxismo al poder. Probablemente haya sido para el escritor la materialización de las preocupaciones sobre la política mexicana que empezó a formular desde 1933; en ese año Bassols ya no era secretario de Educación, sino el encargado de la economía del país, el nuevo centro de las políticas nacionales.

Finalmente, en 1936, Cuesta tuvo dos momentos importantes. El primero fue la réplica contra las ideas que se estaban popularizando para defender las llamadas terceras vías nacionalistas. En los textos “La crisis de la democracia” y “La muerte de la democracia”⁵⁷ se encuentra el testimonio de su enfrentamiento contra esos argumentos. En el primer ensayo,⁵⁸ partió del principio de que la democracia era el fundamento del nacionalismo político, del Estado fundado en la razón y del consentimiento universal. Sostenía que, en los últimos años, había surgido una reacción que aceptó los elementos irracionales y místicos que

55 Cuesta, “El marxismo en el poder” y “No hay educación socialista” en *op. cit.*, pp. 319-323 y 341-345.

56 Cuesta, “El marxismo en el poder” en *op. cit.*, p. 324.

57 Cuesta, “La crisis de la democracia” y “La muerte de la democracia” en *op. cit.*, pp. 415-421.

58 Cuesta, “La crisis de la democracia” en *op. cit.*, pp. 415-417.

buscaban la dominación: el fascismo y el comunismo. Señaló a estos últimos como elementos de dominación, lo cual se puede relacionar con la constante oposición de Cuesta a la limitación de la libertad individual de creación. No obstante, concluyó que la democracia era el criterio para medir el consentimiento universal, y ésta era su mejor arma; era dueña de la causa justa y repudiaba la violencia y la guerra.

En “La muerte de la democracia”, su tesis consistió en que las ideas comunistas y fascistas eran la impaciencia intelectual del que abandona el camino seguro con la ilusión de llegar más rápido por el camino sobrenatural. Aseguraba que la democracia era un método de investigación y está condenada a ser imperfecta:

La democracia es “un método de investigación”, y no una concepción dogmática del Estado. Por esa razón, la autoridad instruida por una vía democrática está condenada a ser naturalmente una autoridad imperfecta, que deja sin remedio insatisfechos a los espíritus que desean, como desean una verdad total e inmediatamente accesible, una autoridad definitiva que no admita dudas ni tolere reservas. La autoridad de la democracia es una autoridad en investigación, a la que se niega una consagración terminante: las instituciones democráticas por excelencia son la renovación y la crítica de la autoridad: el sufragio popular y el parlamento.⁵⁹

El problema tenía más que ver con doctrinas irracionalistas de pasividad política e intelectual –antidemocracia–, mismas que tienen eco en las sociedades modernas: ¿fin del Estado, actividad política y de nuestra cultura? Cuesta concluyó insinuando que no, ya que la misma supresión de la libertad política por la vía democrática era una de sus caras, por ejemplo, Italia.⁶⁰

59 Cuesta, “La muerte de la democracia” en *op. cit.*, p. 418.

60 *Ibid.*, pp. 418-421.

Lo expuesto en este último texto resulta fundamental para entender la permanencia de los ejes de pensamiento de Cuesta –libertad y crítica– pero, al mismo tiempo, de la transformación de sus ideas. Al momento de señalar que la democracia era un método de investigación y estaba condenada a ser imperfecta, hizo una descripción semejante a la que hacía de lo que debe ser el arte o el conocimiento en la Universidad en 1933. La democracia implicaba ser imperfecta y crítica, nunca llegaba a estar completa porque, como las obras de la *Antología de la poesía mexicana moderna*, invitaba a superar los límites para crear nuevas formas pero que, al mismo tiempo, serían incompletas y, en consecuencia, superables, siempre en constante cambio, siempre siendo vanguardia y siempre en crisis. Como se había mencionado en el capítulo anterior, para Cuesta el arte era un método de análisis y de investigación, ya que permitía dotar de nuevo sentido al mundo como artificio.⁶¹ En 1936, la democracia se convirtió en aquella forma virtuosa de hacer política, en el acto político de libertad y crítica. Owen escribía que “esta posición de inalcanzable crítica normó todo su pensamiento político desde entonces, convencido de que la actitud revolucionaria no puede ser sino la actitud intelectual”.⁶² Paralelamente a esto, Cuesta observó que las predicciones de un eminente derrumbe de la democracia legitimaban una práctica política de los gobiernos con tendencias fascistas o comunistas: una malentendida intervención del Estado. Como ya se había hecho referencia, el Estado mexicano estaba llegando al punto de mayor fortaleza desde la Revolución y se concibió al desarrollo económico como la principal función del Estado.⁶³

En el texto “La intervención del Estado”⁶⁴ Cuesta manifestaba que esta sí debía existir, pero no coincidía con lo que el gobierno entendía

61 María Stoopén, “Introducción” en *Jorge Cuesta, Ensayos críticos*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 45.

62 Gilberto Owen, “Encuentros con Jorge Cuesta” en *Poesía y prosa*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953, p. 244.

63 Aboites y Loyo, *op. cit.*, pp. 625, 629-630; y Hernández Chávez, *op. cit.*

64 Cuesta, “La intervención del Estado” en *op. cit.*, pp. 425-429.

como tal. En realidad, para él esta intervención consistía en la simbiosis del interés público y del privado necesaria para la democracia. Identificaba tres doctrinas políticas que atrofiaban la intervención del Estado y, por lo tanto, a la democracia. La primera era el liberalismo: el individualismo que sacrifica lo público por lo privado. La segunda, el comunismo: la desaparición del Estado. La tercera era el fascismo: la elevación de lo individual a lo público. Concluyó que las últimas dos eran un liberalismo exagerado.

Por lo tanto, Cuesta estaba criticando que el fascismo y el comunismo hablaban de oponerse al entonces débil liberalismo por medio de la intervención del Estado, pero en realidad eran más liberales que el liberalismo. Escribía que en estos regímenes había un individualismo tan grande que imposibilitaba la libertad y la crítica de los demás individuos porque, en ellos, solo era válida la voluntad de uno, la del clérigo: “un absolutismo político, una autoridad del Estado directa, inmediata, inobjetable sobre el individuo, para lo cual se hace sentir a este que la voluntad del Estado y la voluntad del individuo son idénticas”,⁶⁵ lo cual se puede asociar con el propósito de Cárdenas de poner su proyecto nacional sobre los individuos o grupos.⁶⁶ Cuesta aseguraba que toda doctrina –liberalismo, comunismo y fascismo– son formas de control y de limitación. Desde su horizonte cultural, solo en la democracia –entendida como la investigación crítica e infinita– se encontraba la libre creación política; solo en ella la simbiosis era posible: se dejaba en libertad al individuo para que con su ejercicio crítico aportara a la nación, a todos. La política, el arte y el conocimiento eran trabajos de sacrificio a favor de la sociedad, pero debían ser hechos en libertad.⁶⁷

65 *Ibid.*, p. 426.

66 Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 114.

67 Al año siguiente, 1937, escribió un discurso para la Sociedad Nacional de Productores de Alcohol, donde señalaba que este tipo de sociedades y personajes como su presidente, Aarón Sáenz, eran los que generaban una intervención real del Estado, ya que ligaban los intereses privados a uno superior y social. El objetivo de Cuesta era respaldar a la organización frente a la crítica que la acusaba de formar parte de los “odiosos monopolios” o negocios privados, y promover este tipo de estructuras

El segundo momento decisivo para Cuesta en 1936 se dio a partir de abril cuando, a causa de los ajustes internos del PNR, Cárdenas expulsó del país a Calles, el jefe máximo. Este suceso conllevó cambios profundos en el gobierno, con los que se vieron afectados los callistas en el gabinete –salieron funcionarios que no eran del agrado de Cuesta, como Bassols y Garrido Canabal–, en la Suprema Corte de Justicia, en la alta jerarquía militar, en los gobiernos de los estados en los que hubo desaparición de poderes, en el Senado y en el PNR. Cárdenas buscó aliarse con grupos anticallistas: Portes Gil, protector político de Cuesta,⁶⁸ llegó a la presidencia del partido y hubo un verdadero acercamiento con la Iglesia.⁶⁹ Los principales apoyos de Cárdenas eran los organismos populares radicales y sus líderes –Lombardo de obreros y Graciano Sánchez de campesinos–, que no simpatizaban con Calles; por lo tanto, se estrechó la relación con ellos a partir de la expulsión.⁷⁰

Cuesta señaló en su texto “La caída del general Calles”⁷¹ que él ya había predicho en “Plan contra Calles” de 1934⁷² que esto pasaría. La tesis central era que no se hundió el régimen que dio poder al general, sino que cayó por el olvido de sus fuentes de poder; es decir, advertía a los marxistas que no era el triunfo del comunismo. Los propósitos del sonorenses ya no conducían a ningún lado; Calles no se desmoronó por haberse hecho hacia la izquierda y no hacia la derecha, como la pasión marxista argumentaba. Cuesta exponía que Calles dejó que la ideología se apoderara del poder y eso provocó su exilio; pero, al mismo tiempo, el escritor reforzaba la idea de que la política debe ser un acto de libertad y no de dogmatismo. Generalizaba una visión política pragmática, pero

como formas sociales para protegerse como gremio frente a lo que él consideraba intereses individuales que emanaban desde el gobierno. Cuesta, “Discurso pronunciado en un banquete de la ‘Sociedad Nacional de Productores de Alcohol’ en *op. cit.*, pp. 438-440.

68 Sheridan, *op. cit.* (2011), p. 96.

69 Blancarte, *op. cit.*, pp. 29, 58-60.

70 Aboites y Loyo, *op. cit.*, pp. 626-629.

71 Cuesta, “La caída del general Calles” en *op. cit.*, pp. 422-425.

72 Cuesta, “El plan contra Calles” en *op. cit.*, pp. 276-290.

que apelaba al principio de libertad de creación política, de antidogmatismo y de antiformalismos: “Todo gobernante, todo mandatario, toda persona de influencia tiene necesidad, y, precisamente, para no renunciar a sus principios, de hacerse a veces a la izquierda, a veces a la derecha”.⁷³

Ante los ya señalados movimientos políticos en el país a causa de la deportación de Calles, en agosto de 1936, Cuesta publicó “La tradición del nuevo régimen”. Lo escribió como parte de, o como un simpatizante, del PNR. Claramente, este partido se había convertido ya en el único espacio válido para hacer política. El objetivo del texto era señalar el sentido que tenía y debía tener el partido oficial, qué era la Revolución y dar apoyo al presidente del partido, Portes Gil, quien no necesariamente representaba la corriente hegemónica.⁷⁴ La tesis del ensayo era que las luchas y las conveniencias de las facciones revolucionarias no eran el contenido sustancial de la Revolución: siempre han sido sacrificadas. En realidad, cada nueva facción podía hablar en nombre de ella, porque la Revolución tiene la capacidad de dar significado a las aspiraciones presentes en todo movimiento y las prolonga en los hechos. Cuesta entendía que la política debía aspirar a la Revolución como el arte a la vanguardia: debía ser la avanzada política. En consecuencia, para él la voluntad del PNR era verificar que los cambios políticos obedecieran a una continuidad revolucionaria y no fueran de una facción o de una persona. Menciona que en el informe de Portes Gil se daban muestra de esto.⁷⁵

La llegada de Portes Gil a la presidencia del partido mejoraba el panorama político del escritor: en la dirigencia estaba un amigo que

73 Cuesta, “La caída del general Calles” en *op. cit.*, p. 423.

74 Sheridan escribe que Portes Gil fue protector de Cuesta durante los treinta. Cuesta le dio su lealtad y él le favoreció políticamente. Sin embargo, la lealtad duró más tiempo que los puestos de poder del expresidente. Compartían la visión sobre Lombardo, y Bassols; su oposición al comunismo y las ideas de este en la escuela, Universidad y movimiento obrero. Sheridan, *op. cit.* (2011), p. 96.

75 Cuesta, “La tradición del nuevo régimen” en *op. cit.*, pp. 432-435.

representaba lo más cercano a su ideal. Aunque en el gobierno de la República se encontraba una facción dogmática encabezada por Cárdenas y apoyada en Lombardo, el partido se abría como un lugar donde el ejercicio revolucionario de investigación crítica de la política –democracia– podía llevarse a cabo, como una institución donde se rompían los límites de las facciones y se crearían nuevas formas de hacer política. El PNR había expulsado a elementos callistas como Bassols y Garrido Canabal y se convertía en un espacio más compatible con las ideas de Cuesta.⁷⁶

Jorge Cuesta finalizó este periodo de intensa producción de escritos con temáticas políticas, de 1933 a 1936, a partir de un conjunto de ideas sobre lo que esperaba a que aspirara la política mexicana con las nuevas reestructuraciones que había dejado, hasta el momento, el cardenismo. El escritor compartía la idea del partido oficial como arena única de la política, con el propósito de que se encargara de rebasar los grupos y los sujetos. Esto era positivo porque podía ser un laboratorio, una verdadera democracia en el sentido que se señaló, una investigación racional y universal que superara las escuelas y sin formulismos románticos; lo veía como el espacio donde la libertad y la crítica podían existir en la política mexicana.

Retomando lo dicho en el tercer capítulo y en este apartado, se puede sostener que para Cuesta la política era algo semejante al arte que pertenecía al ámbito de lo cultural: ambos debían aspirar a la crítica y a la libertad de creación sin caer en formulismos. Sin embargo, no eran lo mismo. Se puede esquematizar de la siguiente forma (véase la figura 2): la cultura era la expansión del espíritu individual a través de la obra de arte. Este acto de virtud individual alimentaba a la política que a través del Estado expandía el espíritu de la nación –entendida como colectivo universal–. Pero si la

76 Incluso se podría hablar de que estos cambios mejoraron las posibilidades de Cuesta. Consigue ese año un trabajo en la Secretaría de Economía y el nuevo secretario de Educación le ofrece un trabajo que Cuesta rechaza. Sheridan, *op. cit.* (2011), p. 97; Cuesta, “Cronología” en *Obras reunidas III. Primeros escritos. Miscelánea. Iconografía. Epistolario*, ed. Jesús R. Martínez Malo y Víctor Peláez Cuesta, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 279.

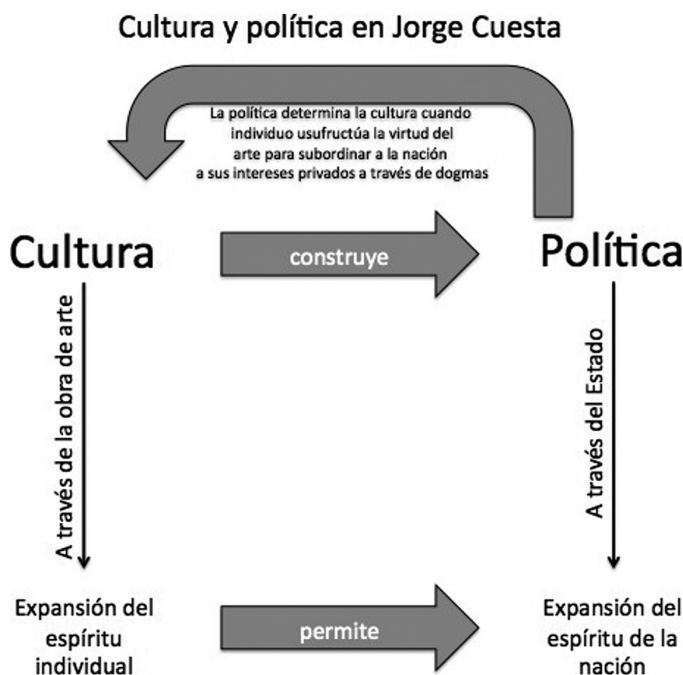


Figura 2. Elaborada por el autor.

política determinaba a la cultura, implicaba que un individuo mediocre estaba usufructuando la virtud del arte para subordinar a la nación a sus intereses privados a través de un dogma del que se declaraba sacerdote.

CONTRA LA TOTALIZACIÓN DE LA VIDA

En este periodo, Cuesta generó una reflexión sobre la política en oposición a las ideas que adquirirían hegemonía en los gobiernos mexicanos y los del mundo. Como ya hemos mencionado, algunos autores como Patricia Funes,⁷⁷ argumentan que el pensamiento de la época tuvo una disyuntiva y radicalización entre dos conjuntos de ideas que mostrarían

77 Vid. Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México/Turner, 2014.

su oposición e incompatibilidad: la izquierda o el comunismo y la derecha o el fascismo, aunque en caso de Cuesta y muchos otros, esto es una simplificación de una realidad mucho más compleja. Es claro que la política ya no podía funcionar con las viejas prácticas y, para hacerse del poder, se debía aspirar a un control masivo.⁷⁸ Cuesta se había desarrollado como escritor con una idea de la vanguardia artística según la cual la libertad y la crítica eran dos condiciones necesarias. Cuando se involucró en los temas de la política, le fue imposible concebir que las doctrinas limitaran el actuar político y a la nación. Percibía al fascismo y al comunismo como la búsqueda de dominar, controlar y limitar por parte de individuos parecidos a los que Nietzsche llamaba clérigos; para Cuesta, los fascistas y comunistas eran grupos de personas que buscaban hacerse de la política,⁷⁹ pero el problema no era la política en sí, sino su decadencia en manos de mediocres que buscaban un dogma que sustituyera el virtuosismo del actuar y el crear.

El escritor percibió en los gobiernos una necesidad de control y de hegemonía donde antes él actuaba con mayor libertad: el arte. Ahora la cultura, el arte, la literatura, la educación e incluso las exposiciones en Bellas Artes⁸⁰ debían registrarse desde un marco: todo proyecto individual o grupal era irrelevante frente al proyecto nacional que había definido el gobierno federal. El escritor ya no podía crear y revolucionar al arte, ya no podía ser vanguardia, sino tenía que limitarse a las necesidades dadas por el exógeno régimen. Legitimar al Estado era una necesidad y los gobernantes encontraban en la cultura nacionalista una gran herramienta, hasta como política exterior:⁸¹ “como ignoran cuáles han sido los fines y

78 Quintanilla y Vaughan, *op. cit.*, pp. 7, 18-19, 42-43; Funes, *op. cit.*, pp. 108 y 185-186; Blancarte, *op. cit.*, p. 32; Thomas Benjamin, “Laboratorios del nuevo Estado, 1920-1929. Reforma social, regional y experimentos en política de masas” en *Historia regional de la Revolución Mexicana. La provincia entre 1910-1929*, Ciudad de México, Conaculta, 1996, p. 113.

79 Funes, *op. cit.*, p. 185.

80 Cuesta, “Expo carteles comunistas” en *op. cit.* (2004), pp. 237-240.

81 Funes, *op. cit.*, pp. 101-104; David R. Maciel, “Los orígenes de la cultura oficial en México: los intelectuales y el Estado en la República Restaurada” en Roderic Ai

los efectos de la Revolución, piensan que el ser marxistas y el ocupar esas oficinas les da capacidad suficiente para ‘dirigir el arte’. Ordenan desde su parapeto oficial: ‘¡El arte al servicio del proletariado!’”⁸²

Quintanilla contextualiza cómo los nuevos modelos políticos afectaron a los núcleos intelectuales:

los años treinta no eran solo tiempos de bullicios retóricos e inflamados por discursos por parte de “progresistas” y “reaccionarios”, sino una época en la que el mundo occidental experimentó un colapso del mercado capitalista y el desarrollo de nuevos modelos económicos y de dominio político [...] amenazaron intereses, privilegios y creencias de camarillas políticas con gran peso en el ámbito nacional, de las capas medias urbanas y de los núcleos intelectuales de la ciudad de México.⁸³

Ilán Semo sostiene que “Cuesta es uno de los raros intelectuales en América Latina que intuye, una década antes de la publicación de la obra de Hanna Arendt, la aparición del fenómeno totalitario, es decir, la sacralización absoluta del principio de autoridad, más allá de los regímenes que responde”.⁸⁴ La nación era totalizable y lo universal no, porque era inalcanzable. Por ello, para Cuesta, se debía aspirar a una nación

Camp, et al. (eds.), *Los intelectuales y el poder en México: memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses*, Ciudad de México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1991, p. 569; Ignacio M. Sánchez Prado, “Vanguardia y campo literario: La Revolución Mexicana como apertura estética” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 33, núm. 66, 2007, p. 187; y sobre declaraciones de Lombardo sobre cultura como herramienta vid. Hernández Luna, *op. cit.* (1963), p. 43. Durante el cardenismo, la cultura nacional y la imagen de la nación fue una herramienta de una política exterior de México. Vid. Amelia M. Kiddle, “Cabaretistas and Indias Bonitas: Gender and Representations of Mexico in the Americas during the Cárdenas Era” *Journal of Latin American Studies*, vol. 42, núm. 02, mayo 2010, pp. 263-291.

82 Cuesta, “La decadencia moral de la nación” en *op. cit.* (2004), p. 357.

83 Quintanilla y Vaughan, *op. cit.*, p. 18.

84 Ilán Semo, “La segunda secularización”, en *Fractal*, núm. 25, Ciudad de México, diciembre de 2003, p. 6. También, Vid. Louis Panabière, “La economía y la política en los ensayos de Jorge Cuesta” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 51, No. 2, Visiones de México, Abril-Junio, 1989, pp. 321-331.

nunca realizable y nunca totalizable, con políticas que aspiraran a lo complejo, a lo cambiante y a lo heterogéneo, es decir, a realizar la nación en la libertad dada por la crisis.

En sus textos, continuamente se reflejó la noción de que la única forma de consumir el espíritu en cada una de las temáticas de las que escribió era no estar sometido al poder exógeno que buscara controlar dicha actividad. Solo en la libertad un individuo lo podía dar todo y rebasar sus límites. Por ello, Cuesta argumentó en contra de la intervención de las necesidades políticas en el arte, pero también de lo individual en lo público, de la religión en la política, del dogma en el Estado y de lo particular en lo universal. Apeló a que cada uno debía encontrar su filosofía y su sentido, porque así cada uno podía encontrarse en libertad y ejercer su actuar críticamente.⁸⁵ Todo lo demás era romanticismo, control o religión. Por ejemplo, en “Una nueva política clerical” escribía:

Es fácil de observar que no solo ahora con el comunismo, sino que desde hace muchos años se presenta en la historia de México una tendencia romántica a erigir la escuela en la iglesia del Estado, en iglesia de la política, con el fin de supeditar toda clase de autoridad a la autoridad de su dogma; con el fin de supeditar los políticos a los sacerdotes o titulares de la doctrina oficial.⁸⁶

Por ello, por un lado, Cuesta enfatizaba en el individuo crítico y libre, no por liberal en términos políticos-económicos, sino por rechazar lo dado y los márgenes concebidos desde una organización de la vida por parte del Estado de la postrevolución.⁸⁷ En las relaciones masas-gobierno o

85 Cuesta, “El teatro universitario”, “Conceptos del arte”, “La pintura superficial”, “La política de altura”, “La política en la Universidad”, “El compromiso de un poeta comunista”, “El escritor revolucionario” y “La lección de Ansermet” en *op. cit.* (2004), pp. 113-115, 141-148, 159-162, 189-194, 361-366 y 456-463.

86 Cuesta, “Una nueva política clerical” en *op. cit.* (2004), p. 204.

87 *Ibid.*; y, Louis Panabière, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1903-1942)*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 202 y 340.

corporativo-gobierno solo vio una dilución del potencial creativo, es decir, el orden imponiéndose sobre la crisis real de lo social. En esas relaciones todo estaba dado, organizado y pensado, ya que tenían un ser definido: eran ejidatarios u obreros, y buscaban un objetivo; si alguien se opone a ser o a hacer algo no era parte de la masa homogénea.⁸⁸ Cuesta pensaba que el pueblo era subestimado por el Estado:

En la denominación de “arte para el pueblo”, cuyo empleo es oficial en México, acaso no pueda precisarse quién resulta más ofendido, si el arte o el pueblo [...] Según esta condición no valdrá para tal obra de arte que no contenga –mejor exclusivamente– la enseñanza moral [...] Juzgándolo por este, el pueblo estaría integrado por seres incapaces de encontrar satisfacción en un placer artístico desinteresado, ni provecho en la contemplación desinteresada de la verdad, tan urgente estarán apremiados por la necesidad y por el vicio.⁸⁹

Por otro lado, inició una defensa de espacios autónomos al gobierno, como la Universidad, y buscó desarrollarse en el sector privado, como *El Universal* o la Sociedad Nacional de Productores de Alcohol; era la necesidad de un poeta formado en el caos de la Revolución y consolidado en los débiles veintes por buscar lugares que se escaparan a la totalización.⁹⁰ Pero también era imperativo generar alianzas parciales con los demás rechazados del progreso revolucionario: católicos, empresas, clases medias, entre otros, y ganar dinero de alguna forma.⁹¹

88 Vid. Panàbiere, *op. cit.* (1989); y, Javier Garcíadiego, “La oposición conservadora y de las clases medias”, en Istor, Ciudad de México, CIDE, núm. 25, verano de 2006. Sin embargo, también utilizó estas formas organizadas, pero como formas de adquirir autonomía u oposición frente al intento de control del Estado. Vid. Cuesta, “La práctica y la enseñanza de las profesiones” en *op. cit.* (2004), pp. 233-236.

89 Cuesta “El teatro universitario” en *op. cit.* (2004), p. 114.

90 Sánchez Prado, *op. cit.*, p. 187.

91 Vid. Blancarte, *op. cit.*; Loeza “La trayectoria de las clases medias” en *Las clases medias*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1988, pp. 65-118; y, Carlos Alba Vega, “Las relaciones entre los empresarios y el Estado” en *Una historia contemporánea de México. Tomo 2. Actores*, Ciudad de México, Océano/El Colegio de México,

Estas actitudes muestran que Cuesta vio como peligro, para el país y para él, las nuevas dinámicas políticas y “potencialmente autoritarias”⁹² que se establecían en el Estado sólido de los años treinta. Su interés en la política evidente en sus textos fue una de las muestras de dicha preocupación:⁹³ ya no respondía a ataques particulares que se convertían en polémicas, sino a todo un sistema político que se estaba consolidando.⁹⁴

Su constante argumentación en los diarios por hacer ver que el comunismo era igual al fascismo le trajo consecuencias negativas: se ganó la etiqueta de reaccionario y, por lo tanto, la posibilidad de ser ignorado por un gobierno considerado progresista.⁹⁵ Cuesta, al haber sido opositor, no pudo ser clasificado más que como enemigo, a pesar de no ser afín a los fascistas, a los católicos o a las derechas, verdaderos enemigos del régimen.⁹⁶ Mucha de la historiografía sobre Cuesta comparte las nociones maniqueas de izquierda y de derecha o de reacción y de progreso, para resolver la situación del escritor como un conservador por no haber estado con las izquierdas, o como un liberal por sus argumentos a favor de la libertad del individuo.⁹⁷

Sin embargo, también hubo opiniones positivas. El ataque sistemático de Cuesta a las dos corrientes hegemónicas generó una situación

2005, pp. 157-161. Quintanilla sostiene que Cuesta y los Contemporáneos defendían una forma de vivir, crear y amar, y no buscaban autoproclamarse defensores del pueblo. Iban en contra de una sociedad que cancelaba los espacios de expresión individual y el desarrollo de una cultura alternativa. Susana Quintanilla, “El debate intelectual acerca de la ecuación socialista” en Quintanilla y Vaughan, *op. cit.*, p. 67.

92 Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 121.

93 Otras pueden ser la incorporación a la Universidad y a la industria privada o la formación de una corporación de profesionistas.

94 Quintanilla argumenta que Cuesta siguió el llamado de Julien Brenda de defender los valores de la libertad intelectual, amenazados por derechas e izquierda, llevándolo a un repudio por el totalitarismo de Iglesia y Estado. Quintanilla, *op. cit.*, p. 68.

95 Ilan, *op. cit.*, p. 6; y, Quintanilla, *op. cit.*, 61.

96 Reflejo de esto fueron las acciones sistemáticas contra el fascismo promovidas desde los grupos hegemónicos del poder: refugio a republicanos o propaganda antifascista por parte del Taller de Gráfica Popular, LEAR o Alemania Libre.

97 Cfr. Hazahel Hernández Peralta, “Hacia el universo político de Jorge Cuesta”, tesis para obtener el grado de Licenciado en Estudios Latinoamericanos, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012; Sheridan, *op. cit.* (2011), p. 80.

favorable en la que se posicionaba como imparcial. Benda pensó al intelectual como alguien ajeno a las pasiones políticas: “todos aquellos cuya actividad no persigue esencialmente fines prácticos”.⁹⁸ La defensa de la actividad desinteresada, el arte por el arte y la política por la política le daba un lugar argumentativo propicio para la opinión pública: él solo hacía sacrificio social sin beneficio, como preconizaba la visión del buen artista de Caso.⁹⁹ En una época de radicalización en la que todos se apresuraban en tomar partido por la izquierda o la derecha,¹⁰⁰ la voz desinteresada de un columnista podía cobrar fuerza. Cuesta escribió en una carta a Calles, cuando le mandó su texto “Plan contra Calles” de 1934, en la que argumentaba a favor de su capacidad de escribir sobre el Plan Sexenal y la forma de gobierno que él representaba:

sin otro objeto que hacer presente a ciertas ideas y a ciertos actos políticos, el significado que puedo observarlos quien, alejado, como yo, de toda práctica política, puede examinarlos desinteresadamente, sin estar comprometidos por ellos.¹⁰¹

Tal vez se ganó los títulos de reaccionario en la política y de artista poco comprometido con la situación social, pero fue columnista en *El Universal* y pudo expresarse en el medio intelectual-político. No fue casual que el arte y la política debían ser para Cuesta forma y no contenido; ser superficiales como la obra de Lazo.¹⁰² El énfasis en la forma permitió a Cuesta, como escritor, la libertad sin compromiso. Su arte lo regía él mismo y no las circunstancias radicalizadas. De la misma manera, su

98 Benda, *op. cit.*, p. 123.

99 Edgar Llinás Álvarez, “Cinco valores para la educación mexicana” en *Revolución, educación y mexicanidad: la búsqueda de la identidad nacional en el pensamiento educativo mexicano*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios de la Universidad, 1978, p. 189.

100 Quintanilla y Vaughan, *op. cit.*, pp. 7, 18-19 y 42-43; Funes, *op. cit.*, p. 186.

101 Cuesta, “Carta al General Plutarco Elías Calles” en *op. cit.* (2007), p. 185.

102 Cuesta, “La pintura superficial” en *op. cit.* (2004), pp. 144-149.

crítica política apeló a la forma y no se sometió a una de las dos opciones de contenido político: fascismo o comunismo.¹⁰³

LA POLÍTICA POÉTICA

La última etapa de publicaciones de Cuesta, de 1937 a 1940, se desarrolló durante el clímax y declive del cardenismo. Para 1937, el poder de Cárdenas ya se había hecho patente por la expulsión de Calles; ese momento fue fundamental ya que, a partir de entonces, el “jefe máximo” dejó de conducir la política del país y el presidente se convirtió en rector del proyecto de nación.¹⁰⁴ En el mismo sentido, en 1938 Cárdenas transformó al PNR en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), que se basaba en las corporaciones obrera (CTM), campesina (CNC) y militar, a diferencia de la integración regional del PNR. Esto significaba un desplazamiento del poder del Estado basado en alianzas territoriales a otro que pactaba con los ejidatarios y los obreros; la figura del presidente sería el centro y no una facción política. El presidencialismo mexicano se había consolidado.¹⁰⁵

El momento cúspide del Estado nacionalista de Cárdenas fue en 1938 con la expropiación petrolera, en la que el gobierno mexicano se mostraba capaz de enfrentarse como igual ante las potencias mundiales ante la sociedad;¹⁰⁶ al mismo tiempo, se hacía patente el apoyo que logró Cárdenas por parte de sectores que recientemente se habían movilizado contra el gobierno, como la Iglesia católica.¹⁰⁷ Sin embargo, en 1939, la división en la sociedad mexicana era profunda: los sinarquistas, los

103 Cuesta, “El lenguaje de los movimientos literarios” en *op. cit.* (2004), pp. 543-545.

104 Aboites y Loyo, *op. cit.*, p. 628-631; y Hernández Chávez, *op. cit.*, p. 114.

105 *Ibid.*

106 Aboites y Loyo, *op. cit.*, pp. 632-641.

107 Entre 1936 y 1938, Cárdenas hizo un verdadero pacto para entrar en un *modus vivendi* en el cual cada una de las partes iba a dejar a la otra funcionar: la Iglesia le daba reconocimiento y no le generaba problemas al gobierno y este le daba libertad de acción a la Iglesia. Esto culminaría en el respaldo de la Iglesia a la expropiación petrolera. *Vid.* Blancarte, *op. cit.* pp. 58-60.

conservadores y los católicos criticaban cada vez más el reparto agrario, la educación socialista, el partido oficial, la cercanía a Estados Unidos y a la Unión Soviética y la aversión del gobierno a Hitler, Mussolini y Franco. Cárdenas buscó conciliación con estos sectores.¹⁰⁸

Un evento que impactó la política y la cultura mexicana fue el inicio de las confrontaciones bélicas entre las izquierdas, las derechas y las democracias en el mundo. En 1936 inició la Guerra Civil Española que culminó tres años después con la caída de la Segunda República Española y la instauración del régimen del general Francisco Franco. El gobierno mexicano apoyó a la República y, al final, ofreció refugio a los exiliados. Algunos personajes de la élite cultural de izquierda como Alfaro Siqueiros y otros de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) fueron a combatir en ese frente.¹⁰⁹ En el mismo sentido, las obras del Taller de Gráfica Popular (TGP) censuraron al fascismo y buscaron contener su expansión en América.¹¹⁰ Al final, muchos españoles llegaron e hicieron su vida en el país. Parte de la élite cultural republicana se incorporó a las instituciones educativas, creó nuevas, por ejemplo, El Colegio de México o el Ateneo Español en México, y continuaron sus obras.

Este fue solo el preludio de la Segunda Guerra Mundial que estalló en 1939; confrontó a un mundo dividido y puso en duda la idea del progreso de la civilización occidental. Los eventos tuvieron su impacto en México y la escritura de Cuesta también sufrió modificaciones. En sus últimos años de vida activa, la situación laboral del escritor cordobés

108 Aboites y Loyo, *op. cit.*, pp. 641-643.

109 Vid. Olivier Debrouse, "Arte acción. David Alfaro Siqueiros en las estrategias artísticas e ideológicas de los años treinta" en Olivier Debrouse y Oles, James, *Retrato de una década: David Alfaro Siqueiros, 1930- 1940: Museo Nacional de Arte, noviembre 1966-febrero 1997*, Ciudad de México, INBA, pp. 19-67.

110 Vid. Pilar García de Germenos y James Oles, *Gritos desde el archivo: grabado político del Taller de Gráfica Popular: Colección Academia de Artes*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Difusión Cultural, Colección Blaisten/Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2008.

mejoró; trabajó como jefe del departamento técnico –jefe de laboratorio– de la ya mencionada Sociedad Nacional de Productores de Alcohol hasta su muerte. Sin embargo, dejó de escribir en *El Universal* porque ya no había lugar para él en ese diario:

mis relaciones con Lanz Duret [dueño del periódico] se han hecho cada vez menos favorables para que mejore la tercera página del periódico; es decir, para que yo siga escribiendo en ella. Este señor es incapaz de concebir que lo que se escribe y publica en un periódico debe pagarse porque tiene un valor. Para él, debe pagarse porque el autor es primo de un ministro o líder del frente único obrero [Lombardo] o socio del banco que le otorga crédito.¹¹¹

Se dedicó principalmente a escribir reseñas sobre arte en las que no ofreció visiones radicalmente nuevas en comparación con su primera etapa, de 1925 a 1932. Sin embargo, hay ejemplos que muestran los cambios que vivió la sociedad en que se desenvolvía y, al mismo tiempo, la permanencia de sus ejes rectores: en 1937 escribió una reseña sobre el primer libro publicado de su amigo Rubén Salazar Mallén con el propósito de mostrar su valor, a pesar de su nueva postura fascista:

aun en las extrañas y paradójicas razones que lo han llevado a defender tan fastidiosa y constantemente el fascismo, lo que Salazar Mallén me pone de manifiesto es la nobleza de un espíritu que no sabría respirar en una atmósfera que no fuera enrarecida, peligrosa, sofocante.¹¹²

Es decir, nuevamente lo virtuoso era encontrarse en la crisis –ser crítico–. Otro ejemplo es que en 1940 escribió sobre las nuevas plumas que llegaban al país, como la de León Felipe, exiliado español. A pesar de

111 Cuesta, “Carta a Xavier Villaurrutia” en *op. cit.* (2007), p. 191.

112 Cuesta, “Camino a la perfección, de Rubén Salazar Mallén” en *op. cit.* (2004), p. 453.

sus compromisos políticos con la República explícitos en su escritura, Cuesta argumentaba en la reseña que la poesía de León Felipe se entregaba a la libertad:

En su sabor encuentro la embriaguez, el delirio en que se siente vivir plenamente y sin constricciones, con tal libertad, que sería provechoso que la voluntad política desconfía de la poesía como instrumento, al contemplarla en estos versos que citaré íntegramente y que no sin ironía recomiendo como “el programa político” de un auténtico espíritu poético.¹¹³

Como se ha expuesto a lo largo del capítulo, fue configurando poco a poco una visión de la política mexicana a través de las ideas y sus ejes de pensamiento que le permitieron adoptar una postura respecto a los temas artísticos. Si en un principio, antes de 1933, apelaba a que el arte y la política no tuvieran nada que ver, en 1939 la situación era muy distinta. En el transcurso de seis años, en la búsqueda de argumentos para hablar de política, Cuesta encontró una nueva forma de entenderla desde formas similares al arte, y fue rompiendo lentamente la frontera entre ambos. Esto lo llevó al grado de criticar que la política dejara de aspirar a llegar a ser como el arte.¹¹⁴ La crítica y la libertad fueron los ejes de su pensamiento, primero en el arte y luego en la política.

En una carta a Gastélum, escribía, en 1934:

Acaso le ha sorprendido a Ud. mi literaria incursión en la política. Ha obedecido al propósito de responder a ese criterio popular que se ha hecho sobre nuestro grupo, de que somos descartados y ajenos a “los problemas del momento”. Temo que, a fin de cuentas, mi respuesta haya dado la razón a este criterio y que *mi política*, de acuerdo a la opinión de

113 Cuesta, “Español del éxodo y del llanto, de León Felipe” en *op. cit.* (2004), p. 509.

114 Cuesta, “Crisis de la Revolución” en *op. cit.* (2004), pp. 251-254.

Xavier [Villaurreutia], sea tan literaria como mis sonetos, a los que, sin embargo, si ahora vuelvo a dedicarme, no los juzgarán tan fácilmente “absentistas” toda esa mayoría mexicana que, desde los Ministerios de Estado hasta las más bajas capas de “nuestra cultura”, se empeña en que la filosofía, la ciencia, la literatura, las artes y hasta las buenas costumbres son “absentistas”, ya que no pueden vivir sin una relación universal, extraña a “nuestra idiosincrasia” y a “nuestros problemas del momento”¹¹⁵

En esta carta se muestra que Cuesta tenía conciencia de haber hecho una aproximación literaria a la política; a pesar de que trataba los “problemas del momento”, como sus detractores querían, él veía en ello una relación con lo universal, valor que generalmente se juzgaba como indiferente a “nuestra idiosincrasia” y “nuestros problemas”. Cuesta pretendía demostrar la universalidad y lo literario de la política y, al mismo tiempo, que la literatura y la política deberían ser igual de comprometidas con “nuestra realidad”.

Sin embargo, en noviembre de 1939, escribió dos textos en los que presentaba una nueva forma de reflexión en la que combinaba la literatura y la política, no como objetos similares o comparables, sino como parte de un nuevo planteamiento. En el primero, “La poesía francesa”, escribió con admiración sobre las posturas de Therry Maulnier,¹¹⁶ en donde resaltó que el galo renunció a lo francés para vivir de lo literario, extraño nacionalismo que elevaba todo a lo poético. Cuesta explicó que este mundo era sustraído de la realidad y sometido a la imaginación de los poemas; por lo tanto, sin restricción, intemporal y universal, la nación se definía por su poesía. Es decir, el escritor cordobés entendía que las concepciones realistas de la nación y del mundo aspiraban a los límites, a lo temporal y a lo particular, al igual que el arte realista. En cambio, la idea de la nación basada en sus ficciones posibilitaba que esta

115 Cuesta, “Cartas al Doctor Bernardo J. Gastélum” en *op. cit.* (2007), pp. 175-176.

116 Cuesta, “La poesía francesa” en *op. cit.* (2004), pp. 474-476.

alcanzara a ser universal, ya que: “La poesía [...] es una sumisión a lo imaginario; pues un mundo puramente poético es un mundo substraído por entero de la realidad y sometido por entero a la imaginación”.¹¹⁷ Retomaba la idea de una nación sin límites que aspirara a la universalidad de “La cultura francesa en México” de 1934,¹¹⁸ pero con un nuevo énfasis al sustraerse de los límites dados por lo realista, a favor de lo literario. Esto daría un giro a sus ideas sobre la política construidas de 1933 a 1936 porque podría reflexionar sobre lo nacional y el proyecto de la nación cardenista, al que supuestamente todo debía subordinarse, a partir de nuevos elementos. Ya en ese momento, para el escritor cordobés, una nación no debía definirse por su influencia francesa, hispánica o indígena ni por los datos o teorías económicas, pero sí por su ficción, poesía y fantasía, un mundo donde los límites no existían y, por lo tanto, la libertad y la crítica dominaban.

Unas semanas después, Cuesta publicó dos ensayos sobre Nietzsche, “Nietzsche y el nazismo” y “Nietzsche y la psicología”. En el último, hizo una clara referencia a *La genealogía de la moral*; por lo tanto, es probable que el escritor cordobés tuviera presente las ideas de ese libro. Concluye que la única oposición real al ideal ascético de los clérigos era sustraerse de la aspiración a una verdad:

Lo único que me interesa haber señalado aquí es esto: incluso en la esfera más espiritual el ideal ascético continúa teniendo por el momento una sola especie de verdaderos enemigos y *damnificadores*: los comediantes de ese ideal, pues provocan desconfianza. En todos los demás lugares en que el espíritu trabaja hoy con rigor, con energía y sin falsedades, se abstiene ahora en todos ellos por completo del ideal –la expresión popular de esa abstinencia de “ateísmo”: descontada su voluntad de verdad.¹¹⁹

117 *Ibid.*, p. 476.

118 *Ibid.*

119 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 2014, p. 229.

Pienso que Cuesta respondía a esta idea al momento que escribía sobre la nación poética de Therry Maulnier. ¿Cuál era la verdad última de la nación mexicana? ¿Su origen, su sociedad, sus proyectos? En ese momento, ya no aspiraba a responder de esta forma porque era sustituir la realidad con una voluntad de verdad. Sin embargo, para Nietzsche, sin el ideal ascético, la “existencia sobre la tierra no ha albergado ninguna meta, ¿para qué en absoluto el hombre?” ha sido una pregunta sin respuesta; falta la voluntad de hombre y de tierra”.¹²⁰ Considero que el escritor cordobés encontró que la literatura podía ser esa voluntad y esa meta que liberaba en vez de aprehender al mundo; es decir, en términos del alemán, no era un ideal ascético que buscara subordinar a los fieles. Pero no toda literatura podía ser liberadora; había algunas ascéticas, es decir, al servicio de realismos, y este tipo de literaturas era producido por los artistas como los que describía Nietzsche:

¡no tienen, ni de lejos, suficiente independencia en el mundo y contra el mundo como para que sus aspiraciones de valor y los cambios de estas mereciesen interés en sí! Los artistas han sido en todas las épocas los ayudas de cámara de una moral, o de una filosofía, o de una religión.¹²¹

Más bien, solo la producida por aquellos que encontraban en la literatura la libertad y la crítica; ellos eran los que se oponían al ideal ascético, a la iglesia, a los sacerdotes marxistas y a los espíritus mediocres que buscan hacer de sí un valor y subordinar todo esto a través de una verdad absoluta. Por ello, no cualquier literatura podía definir a la poesía mexicana moderna, solo la incorporada en la *Antología...*,¹²² y no cualquier persona constituía lo mexicano, pero sí una reducida minoría de espíritus excepcionales.¹²³

120 *Ibid.*, p. 232.

121 *Ibid.*, p. 150.

122 Cuesta, “Prólogo a la Antología de la poesía mexicana moderna” en *op. cit.* (2004), pp. 101-103.

123 Cuesta, “Cultura francesa en México” en *op. cit.* (2004), p. 221.

Con base en esto, unos días después, Cuesta se posicionó frente a la Guerra Mundial con el texto “Literatura y guerra”.¹²⁴ Hizo una crítica a la declaración de Vyacheslav Molotoff, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética; es decir, en su horizonte se dirigía a los prosoviéticos mexicanos, por ejemplo, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios o el Taller de Gráfica Popular. Para ese momento ya había iniciado la guerra, se había firmado el pacto de no agresión entre la URSS y Alemania y estos dos países se habían repartido Polonia. Molotoff declaró que veía en Europa una guerra de religiones, es decir, se buscaba destruir la fe del enemigo y defender una propia. El ministro ruso pensaba que, al final, era un disimulo de los Estados para movilizar a los ciudadanos. No obstante, aclaró Cuesta, para los combatientes era una realidad y morían por ella. La guerra era movida por fantasmas literarios y su significación era literaria.¹²⁵ El ministro escribió que para los materialistas era algo arcaico porque su progreso era la insensibilización; mientras que, para Cuesta, el civilizado era el que otorgaba valor a las fantasías, a las palabras puras y a los pensamientos. Sostuvo que Molotoff:

sea capaz de ir a la guerra por lo que siente; cosa que, en caso de agradecerla, tendría que agradecerla a la edad civilizada en la que nació y no a la que piensa que la ha substituido. [Además, tiene la] oportunidad de observar la dignidad con la que los hombres de Europa consideran a su pensamiento o a sus “fantasías literarias”.¹²⁶

Es decir, para el escritor cordobés, en 1939, las creencias eran liberadoras de las verdades absolutas si se tomaban como tal, porque eran sensibles, fantasiosas y en ellas el espíritu se podía expandir en libertad y sin límites. Sería imposible que Cuesta hubiera escrito estos matices en 1933; de hecho, eran muy semejantes las ideas de Molotoff y lo que él

124 Cuesta, “Literatura y guerra” en *op. cit.* (2004), pp. 477-479.

125 *Ibid.*

126 *Ibid.*, p. 479.

escribía sobre Bassols y Lombardo respecto al tema universitario o educativo: todo era una manipulación para movilizar a las masas en beneficio propio, como los gobiernos europeos. Cuesta transformó sus ideas en la reflexión sobre lo político con el correr de los años.

Desde 1936, en particular en “La crisis de la democracia” y “La muerte de la democracia”,¹²⁷ es claro que Cuesta ya no buscaba generar cambios en la política por medio de sus textos; él la vio como algo determinado por la lectura que se hacía de ella y combatió, al final, en ese plano. Esto era lo que equiparaba a la obra de arte con la política: materialidades donde el espíritu se expresa.¹²⁸ El escritor se enfocó en el debate de las ideas sobre política y no en las acciones políticas, como lo había intentado antes, al criticar la implantación de la educación socialista en la Universidad, para contrarrestar las políticas educativas o defender una visión sobre el partido oficial. Su crítica asumía lo que sucedía y no intentaba generar un cambio fáctico, pero sí de sentido. Por ejemplo, Cuesta escribió: “Hitler llegó al poder democráticamente, por el sufragio popular, para instaurar la ‘dictadura democrática’”,¹²⁹ con la finalidad de señalar que la democracia estaba viva; es decir, en vez de luchar por impedir el ascenso de estos regímenes, comunistas o fascistas, buscaba provocar que se hiciera otra lectura.

Cuesta dejó de ver a las ideologías como sustento de la dominación de individuos sobre la sociedad, según lo argumentó en “Marx no es inteligente...” de 1935.¹³⁰ En 1939, eran fantasías literarias como de las que hablaba Therry Maulnier. A pesar de oponerse al nazismo, escribía: “La ideología nazi tiene sus raíces en la literatura alemana”;¹³¹ su valor residía en la palabra pura de la literatura donde se podía encontrar la universalidad. Solo entendiendo a la nación, a la ideología y a la guerra

127 Cuesta, “La crisis de la democracia” y “La muerte de la democracia” en *op. cit.* (2004), pp. 415-421.

128 Cuesta, “El materialismo de Orozco” en *op. cit.* (2004), pp. 553-554.

129 Cuesta, “La muerte de la democracia” en *op. cit.* (2004), p. 421.

130 Cuesta, “Marx no era inteligente...” en *op. cit.* (2004), pp. 324-340.

131 Cuesta, “Literatura y guerra” en *op. cit.* (2004), p. 479.

como ficción, adquirirían la capacidad de realizar al espíritu. Para Cuesta, Molotoff tenía la “oportunidad de observar la dignidad con que los hombres de Europa consideraban a su pensamiento o a sus ‘fantasías literarias’”.¹³² Por lo tanto, en estos dos textos, el interés ya no estaba en la política como acciones que influían en el gobierno del país, sino más bien el escritor buscó configurar una idea general de la política como un conjunto de acciones que vinculaban a una sociedad o sociedades; generó una forma de entender los múltiples eventos que sacudían al mundo. Es decir, Cuesta dejó a un lado las reflexiones sobre la política mexicana y generó una idea de lo político. Cada vez le importó más el acto crítico como una conciencia, una vivencia o una ficción y no como lo vivido en sí. Incluso, en los textos un poco más artísticos o filosóficos como “La lección de Ansermet”, “Nietzsche y el nazismo” o “Nietzsche y la psicología”,¹³³ el escritor dio una llamada de atención a los malos críticos para enseñarles lo que debía ser una buena crítica, sin distinguir si era para el ámbito de la política o del arte; al final de su vida, para él, eran lo mismo. Probablemente todo este cambio de intención al escribir fue uno de los factores del distanciamiento con los grandes medios de difusión a partir de 1937 –*El Universal*–; ya no buscaba convencer al gran público, sino dialogar con uno más reducido, aquel al que le interesaba reflexionar sobre las ideas acerca de lo político o la crítica, por ejemplo, el de *Letras de México* o de *Noticias Gráficas*.

¿Qué cambió en Cuesta para hacer otro tipo de escritos? Se puede pensar en tres factores posibles y puntuales para este giro. Primero: concibió que rechazar toda nueva política servía como argumento a sus opositores, pues éstos dirían que su postura estaba en decadencia, que solo buscaba conservar lo dado y que no era ya parte del momento histórico que se vivía, al igual que la democracia. Por lo tanto, era deseable su opinión política. Segundo: amplió la mirada. Si de 1933 a 1936 le

132 *Ibid.*, p. 479.

133 Cuesta, “La lección de Ansermet”, “Nietzsche y el nazismo” o “Nietzsche y la psicología” en *op. cit.* (2004), pp. 456-463 y 480-485.

interesaba discutir sobre la política mexicana, su interés en 1939 eran los conflictos mundiales. Ya no se trataba de acciones precisas de un gobierno, eran dinámicas políticas globales en distintas sociedades. Reflexionar sobre todo lo político era pertinente. Tercero: se puede pensar en una resignación a su incapacidad para generar un cambio fáctico a través de la escritura, y menos cuando había un problema tan grande como la Guerra Mundial o un presidente tan poderoso como Cárdenas. Lo mejor ya no era criticar las políticas de una facción en el poder, sino trabajar en el laboratorio político de la democracia –PNR/PRM– y fomentar determinadas visiones de lo político. Esto puede ser muestra de que era una época donde la opinión pública poco podía hacer frente a otras fuerzas políticas.¹³⁴

Sin embargo, además de estos factores, la escritura sobre la política y la paulatina homogeneización del arte y de la política, hasta llegar a la consolidación de la idea poética de la política, fueron su respuesta a los pensamientos totalizadores, pues éstos asumían que las ideas son reales, aunque lo único que hacían era falsear la realidad, como Molotoff con su dogma comunista. Generaban en el escritor cordobés el mismo juicio que el arte realista: en vez de asumir que se trataba solo de materiales pictóricos mezclados y en ellos se encontraba su espíritu, se fingía que era una realidad, por ejemplo, la realidad social del mexicano; no se pensaba en las ideas políticas como lo que eran, ficciones, y desde estas tratar de expandir el espíritu, sino que se asumía que su verdad era la realidad y, al poseer los políticos o los artistas esa verdad-realidad, se elevaban como sacerdotes y dueños de ella para controlarla; una conciencia adormecedora donde los mitos se vuelven realidad,¹³⁵ como los sacerdotes de Nietzsche. Lo que Cuesta admiraba de Orozco no era su realismo, sino su materialismo en el que nace su fantasía artística, en la libertad y la crítica:

134 Loaeza, *op. cit.*, p. 96; y Cuesta, “La práctica y la enseñanza de las profesiones” en *op. cit.* (2004), pp. 233-236.

135 Alistair Hennessy entiende como “conciencia adormecedora” al arte y el artista durante los años treinta y cuarenta, principalmente, a los que apelaban a un nacionalismo cultural. “The muralists and the Revolution” en Camp, *et al.*, *op. cit.*, p. 681.

Nuestra primera impresión es que el de los elementos materiales de la pintura es el campo de la fantasía y de la arbitrariedad; que es tan variado y tan extenso que cualquier concepción encuentra allí los medios de realizarse sin ningún límite y sin ningún sacrificio. Pero nuestra impresión es la arbitraria. Apenas ahondamos un poco en la experiencia del pintor, tenemos que conocer la fuerza de la necesidad. Entonces comienza a aclarárenos el “materialismo” de Orozco; entonces comenzamos a comprender qué es lo que puede considerar como determinaciones materiales del arte; entonces comenzamos a advertir que hay una física de la pintura, tan implacable o tan dócil para la fantasía del artista, como las leyes de la gravedad para nuestros deseos de flotar libremente en el espacio.¹³⁶

Por lo tanto, se puede afirmar que la experiencia de Cuesta a través del cardenismo lo llevó a generar ideas sobre la política, desde sus conceptos sobre el arte hasta una idea de poética política. Esta transformación siempre estuvo acorde con sus ejes rectores de pensamiento, por medio de los cuales apelaba a que se realizara el arte o la política en la crisis para lograr una verdadera libertad de creación. Al final, la respuesta de Cuesta contra las ideas totalizadoras fue concebir a la política como algo que no sujetara y dominara a la realidad, sino que creara realidades como la Revolución lo hizo para él; mundos ficticios –es decir, que no se asumieran como verdaderos, el ateísmo al que Nietzsche aludía–, donde el espíritu pudiera expandirse en libertad y encontrarse en lo único que Cuesta había experimentado como universal: la palabra pura de la literatura.¹³⁷

Las ideas de Cuesta fueron parte de las muchas que integraron el cuadro de los años treinta. Los personajes de la época las usaron en sus realidades mezclándolas, diferenciándolas y cambiándolas, al igual que el escritor cordobés. Él se distanció de las dos corrientes hegemónicas,

136 Cuesta, “El materialismo de Orozco” en *op. cit.* (2004), pp. 553-554.

137 Sobre la construcción del poeta de espacios ideales y la guía de la inteligencia para Cuesta, *Vid.* Sergio Ugalde, “De la crítica a la crisis”, *Iberoamericana*, Nueva época, año 4, núm. 15, septiembre de 2004, pp. 53-56.

pero no únicas, que buscaban, en el plano del pragmatismo del Estado, adaptarse a las nuevas realidades: el comunismo y el fascismo, pero tampoco dejó de vincularse y dialogar con ellas.¹³⁸ Por ejemplo, algo que se ha identificado constantemente a lo largo del análisis en esta investigación es que Cuesta adoptó un lenguaje, lecturas y conceptos principalmente del socialismo. Propuso, desde su experiencia literaria y sus ejes rectores de pensamiento, una visión particular de lo político que respondía a su horizonte cultural. Sin embargo, esta no era ajena a su época; por ello pudo encontrar elementos en común con sus coetáneos mexicanos, como Villaurrutia o Gorostiza, pero también de franceses, como André Gide o Paul Valéry: “[Gide es] el escritor más admirado y más influyente de los contemporáneos [...] por su libertad, por su riesgo, por su desinterés y su fidelidad a ella misma; y que involuntariamente se pronuncia la palabra *tradición*”.¹³⁹ Cuesta buscó responder a los cambios en el horizonte mexicano y mundial con sus ideas. Estas permiten entender el pensamiento de la época más allá de una dualidad radicalizada. Al fin y al cabo, el escritor cordobés es una muestra de la complejidad del mundo de los años treinta.

CUESTA FRENTE A LA TRAICIÓN DE LOS INTELLECTUALES MEXICANOS

De 1925 a 1940, Cuesta escribió sobre el arte y luego sobre la política a partir de las concepciones de libertad y crítica. En ese tiempo generó ciertas prácticas y relaciones dentro de una sociedad cambiante. Como se ha señalado en el segundo capítulo, la forma de relacionarse con sus coetáneos estuvo condicionada por el lugar que prefiguraba para un hombre de clase media, letrado, con estudios universitarios, con voca-

138 Cfr. Panabière, *op. cit.* (1983), p. 74.

139 Cuesta, “Gide y el comunismo” en *op. cit.* (2004), p. 538. El subrayado es de Cuesta. También, *Vid.* Anexo; y, Arturo Saucedo, “Los Contemporáneos y su tiempo” en *Los Contemporáneos y su tiempo*, Ciudad de México, INBA/Secretaría de Cultura, 2016, p. 101.

ción literaria, residente de la Ciudad de México y con un amplio bagaje de lecturas: era una de las figuras de conocimiento. Fue reconocido como tal¹⁴⁰ y asumió dicho papel al momento de opinar, publicar y generar polémica a través de su escritura. Durante parte de los siglos XVIII y XIX, el hombre de letras era un elemento clave en los Estados occidentales. Fueron los creadores de una nueva sociabilidad política basada en la opinión, un nuevo criterio de verdad fundado en el consenso. Fue la alternativa a las ideas de la jerarquía católica y resultó fundamental para crear el orden social y dominar la amenaza de las prácticas sociales premodernas de las clases populares a partir del ideal de cultura y educación: la forma a la que debía aspirar la sociabilización del hombre era la que estaba hecha a imagen y semejanza de la república de las letras, es decir, basada en la razón.¹⁴¹

México no fue la excepción. Las figuras de conocimiento jugaban un papel fundamental en la viabilidad del Estado. David R. Maciel describe cómo después del triunfo de la República Restaurada fue esencial que los creadores de cultura estuvieran al servicio de los grupos dominantes para consolidar la ideología y el sistema político.¹⁴² Alan Knight sostiene que en México los intelectuales no solo han servido como soporte ideológico para que un régimen se mantenga en el poder, sino también llevaron a cabo un papel catalizador en la Revolución mexicana y permitieron que se sostuviera la lucha armada por varios años.¹⁴³ Jean A. Meyer argumenta que el Estado mexicano, después de la Revolución, los invitó para ejecutar la empresa de la elaboración de la conciencia nacional que llevara de la heterogeneidad a la unidad.¹⁴⁴ Enrique Krauze inserta a Cuesta como parte de

140 Sheridan, *op. cit.* (2011), p. 21.

141 Bauman, *op. cit.*, pp. 59-89.

142 Vid. Maciel, *op. cit.*

143 Vid. Alan Knight, "Intelectualls and the Revolution" en Roderic Ai Camp, *et al.* (eds.), *Los intelectuales y el poder en México: memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses*, Ciudad de México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1991.

144 *Apud.* Louis Panabière, "Les intellectuels mexicains et l'état au Mexique, (1930-1940). Le cas de dissidence des 'Contemporaneos'" en Jean André Meyer, *Intellec-*

una generación de intelectuales representada por los Siete Sabios y los Contemporáneos que, frente a la decepción de la actitud destructiva del orden y la improvisación política de la generación anterior –Ateneo de la Juventud y los modernistas–, buscaron restablecer el orden desde cero, es decir, hacer las políticas, las leyes, las revistas y educar a la población.¹⁴⁵

Sin embargo, creo que hay que profundizar sobre cómo entendió Cuesta su papel en la sociedad, ya que una de las constantes en sus textos fue la crítica a sus semejantes; por ejemplo, a Bassols, a Lombardo, a los políticos de las fórmulas políticas, a los que habían decidido tomar el camino fácil de la irracionalidad del fascismo o el comunismo, o a los que habían subordinado su verdadera labor artística a intereses exógenos. Pienso que detrás de su crítica al arte realista, a la educación socialista y a las políticas marxistas existe una disputa por definir el papel social que le correspondía asumir a las figuras de conocimiento en el nuevo Estado mexicano. Por ello, Nietzsche era uno de los referentes clave de Cuesta. El desprecio a los sacerdotes que sostenían el ideal ascético para corroer la voluntad de creación del hombre era uno de los argumentos centrales de la obra de *La genealogía de la moral* y uno de los que más retomó el escritor cordobés, implícita y explícitamente, en sus textos.

Sin embargo, *La traición de los intelectuales*, de Julien Benda,¹⁴⁶ fue un texto en el que Cuesta apreció que se hacía un análisis de la decadencia de los intelectuales –clérigos en el sentido secular¹⁴⁷– porque habían perdido su verdadera función y se habían entregado a las pasiones políticas. Al no ser de los autores más citados, no se puede comprobar que

tuels et état au Mexique au XXe siècle, Toulouse, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1979, p. 77.

145 Krauze, *op. cit.*

146 Benda, *op. cit.*

147 El título en francés (original), idioma en el que lo cita Cuesta, es *La Trahison des clercs*. El editor de la versión en español aclara que: “El autor usa la palabra *clerc*, que en francés conserva aún el significado de ‘hombre que ha recibido las órdenes sagradas’ y a la vez ‘persona letrada y sabia’, sentido este último en desuso en español. Por tal motivo, se ha optado por traducirlo como ‘intelectual’, a pesar de lo impreciso de este vocablo, que no recoge la oposición a ‘laico’ del término francés”. Benda, *op. cit.*, p. 12.

fuera pilar en sus ideas, pero hizo referencia al texto en momentos clave de la polémica de 1932 para señalar cómo los argumentos de sus adversarios llevaban a los escritores y artistas a salirse de su deberes. Además, los argumentos de Benda eran muy semejantes a los que el escritor cordobés utilizó en todos sus textos para criticar a los artistas, a los pensadores y a los políticos que se ponían al servicio de intereses exógenos. Por lo tanto, sí se puede afirmar que fue un libro en el que encontró eco en sus nociones sobre la función de los escritores y artistas.¹⁴⁸ Al ser un análisis profundo sobre los intelectuales de la época, permite desarrollar las posturas que Cuesta tuvo respecto al tema.

Benda señalaba que la función de las masas, de los reyes, de los ministros y de los jefes políticos consistía en perseguir intereses temporales. Sin embargo, los intelectuales eran:

todos aquellos cuya actividad no persigue, esencialmente, fines prácticos, sino que, al pretender su felicidad en el ejercicio del arte, de la ciencia o de la especulación metafísica, en resumen, de la posesión de un bien no temporal [...] a través de la historia un flujo ininterrumpido de filósofos, de religiosos, de literatos, de artistas, de científicos –podemos decir casi todos en el curso de este periodo– cuyo movimiento es una oposición formal al realismo de las multitudes.¹⁴⁹

Este se puede considerar el ideal que, para Cuesta, debía desempeñar un hombre de conocimiento y, por ello, apelaba a un arte desinteresado, superficial y sin influencia de la política. Benda sostenía que:

En lo que respecta a las pasiones políticas en concreto, estos intelectuales se oponían a ellas de dos maneras: o bien, del todo apartados de estas

148 Domínguez y Quintanilla también sostienen que Benda fue uno de los autores pilares en las ideas de Cuesta. Christopher Domínguez Michael, “Prólogo. La crítica del demonio” en Cuesta, *op. cit.* (2004), p. 27; y Quintanilla, *op. cit.*, p. 68.

149 Benda, *op. cit.*, pp. 123-124.

pasiones [...] daban ejemplo del apego a la actividad puramente desinteresada del espíritu y creaban la convicción del valor supremo de esta forma de existencia; o bien, propiamente moralistas y ocupándose del conflicto de los egoísmos humanos, predicaban [...], bajo los nombres de humanidad y de justicia, la adopción de un principio abstracto, superior y directamente opuesto a estas pasiones.¹⁵⁰

Es claro que Cuesta estaba de acuerdo con la segunda y, por ello, la publicación de artículos, reseñas y ensayos fue una de sus actividades más importantes como escritor. Como se ha visto, defendió una idea del arte, combatió políticas públicas que afectaban a las actividades desinteresadas y creó una noción de lo político. Siempre buscó, en cualquier tema, ese ideal superior y abstracto –la libertad y la crítica– que combatiera las pasiones políticas. Cuesta adoptó una postura, en términos de Benda, de intelectual moralista.

Sin embargo, el argumento central de Benda no fue qué era un intelectual, sino qué había dejado de hacer el intelectual y su nuevo papel en la sociedad: había introducido las pasiones políticas a sus actividades y, por lo tanto, se ponía al servicio de las pasiones de raza, de clase o de nacionalidad.¹⁵¹ Es decir, para Cuesta, todos las figuras de conocimiento que habían basado sus obras en contenidos no propios, como Diego Rivera o Ermilo Abreu Gómez,¹⁵² o los que habían utilizado su inteligencia a favor del marxismo, como Lombardo o Bassols, habían traicionado su deber.

La malignidad de este procedimiento es doble: no solo atiza considerablemente la pasión política en el corazón del lector, sino que también le priva

150 *Ibid.*, p. 124.

151 Benda, *op. cit.*, p. 144.

152 Cuesta, “Un artículo”, “La literatura y el nacionalismo”, “El vanguardismo y el anti-vanguardismo”, “La consignación de Examen. Comentarios breves”, “En la Exposición de Arte Moderno”, “Agustín Lazo” y “La pintura de José Clemente Orozco” en *op. cit.* (2004), pp. 73-75, 79-82, 130-140, 163-166 y 229-232.

de uno de los efectos más eminentemente civilizadores de la obra de arte; me refiero a ese retorno sobre sí al que todo lector se ve empujado.¹⁵³

Se privaba a la nación de ese arte superficial que Cuesta notaba en Agustín Lazo, que no era para el disfrute del espectador, sino para obligarlo a poner su vida en la obra, expandir su espíritu y llevar a cabo el acto crítico.¹⁵⁴ Para Benda, lo más violento eran las doctrinas que adoptaban los intelectuales, ya que hacían de las pasiones y los movimientos que las sustentan las más altas virtudes, en vez de humillarlas en beneficio de cierta trascendencia;¹⁵⁵ una inversión de los valores, en términos de Nietzsche.¹⁵⁶ También, según el escritor, las consecuencias fueron la exaltación de lo particular sobre lo universal, el incremento de la violencia contra el adversario –como se veía en el bolchevismo y el fascismo– y el apego a lo práctico sobre el amor a lo espiritual.¹⁵⁷ Por ello, Cuesta criticaba las fórmulas políticas que buscaban administrar más que expandir el espíritu revolucionario de la nación.¹⁵⁸

Benda concluyó que la humanidad se había entregado al realismo. En la disputa entre terrenal contra espiritual –ministro contra intelectual– habían ganado los primeros. En “La cultura francesa en México” Cuesta escribió, con un argumento semejante al de Benda, que la victoria del particularismo sobre el universalismo era la victoria de la Iglesia católica en México.¹⁵⁹ El intelectual había sido asimilado, se decía práctico y no desconocía los intereses de la nación; era una traición a cambio de audiencia.¹⁶⁰ Podría pensarse que era el intelectual que había entrado a las nuevas prácticas que respondían al surgimiento de las masas como actor político.

153 Benda, *op. cit.*, p. 145.

154 Cuesta, “La pintura superficial” en *op. cit.* (2004), pp. 144-148.

155 Benda, *op. cit.*, p. 151.

156 *Vid.* Nietzsche, *op. cit.*

157 Benda, *op. cit.*, pp. 151-172.

158 Cuesta, “La decadencia moral de la nación” en *op. cit.* (2004), pp. 355-358.

159 Cuesta, “La cultura francesa en México” en *op. cit.* (2004), pp. 220-224.

160 Benda, *op. cit.*, pp. 233-242.

Tal es desde hace medio siglo la actitud de esos hombres cuya función consistía en contrariar al realismo de los pueblos y que, con todo su poder y de pleno acuerdo, han trabajado por excitarlo; actitud que me atrevo a llamar por esa razón la traición de los intelectuales.¹⁶¹

Por lo tanto, Cuesta defendió un ideal de intelectual u hombre de conocimiento basado en esta visión de la búsqueda espiritual desinteresada que hacía frente a lo temporal, lo interesado y lo práctico. Más importante, identificó las nuevas prácticas que señalaba Benda con las que estaban desarrollando muchos de sus coetáneos y luchó contra ellas. Sin embargo, ¿qué significaba defender esta forma de ser de las figuras de conocimiento en el horizonte en el que lo estaba haciendo?

Como se había mencionado, Krauze sostiene que Cuesta pertenece a una generación que observó la Revolución, pero no participó en ella. Su obsesión fue reconstruir al país, y el vacío de poder producido por la pérdida de una generación durante la fase armada y los exilios le permitió incorporarse a la vida pública rápidamente. Reconstruir al país implicaba buscar saberes aplicables, la técnica como la gran bandera y apelar a un nacionalismo cultural que diera sentido a la nación.¹⁶² Krauze está visualizando las generalidades, pero estas sirven para ver el espíritu hegemónico del que se rodeaba Cuesta: personas buscando dar rumbo a la nación y, por lo tanto, involucrándose en la política. Él no fue ajeno a las dinámicas políticas; Camp argumenta que las élites intelectuales y las políticas eran muy cercanas en México porque se formaban en los mismos lugares, es decir, la UNAM, y participaban de una misma cultura política en la que la influencia, lealtad y la formación de grupos era fundamental. Los intelectuales siempre necesitaron de un político que los patrocinara y que estuviera interesado en promover su imagen a través de la cultura.¹⁶³

161 *Ibid.*, p. 217.

162 Krauze, *op. cit.*, p. 586.

163 Camp, *op. cit.*, pp. 29-52.

Como ya se ha expuesto, Torres Bodet y Salvador Novo fueron estos hombres de influencia que permitieron a los Contemporáneos durante los años veinte tener redes políticas que les facilitaran patrocinio de políticos como Vasconcelos, Estrada, Puig Cassauranc o Gasté-lum; también les permitieron colocarse en puestos burocráticos en Salubridad o en la SEP.¹⁶⁴ Después de la dispersión de los Contemporáneos, la lealtad de Cuesta a Portes Gil le dio el respaldo político durante los años treinta, por lo que fue parte de la cultura política mexicana.¹⁶⁵ Por lo tanto, a pesar de la lectura antipolítica que se puede hacer de los textos –principalmente en 1932– o incluso de la empatía a los argumentos de Benda, no pienso que Cuesta apelara a una visión antipolítica o la no interferencia de las figuras de conocimiento en la política. Más bien, como se muestra en los textos de 1934-1936, confrontó a una forma de hacer política en la que, desde su punto de vista, se pretendía subordinar todo –arte, educación, filosofía y hasta la misma política– a unos sacerdotes y a una religión que, para Nietzsche, eran los ideales ascéticos y para Benda las pasiones políticas.

Cuesta confrontó a una forma de hacer política como un intelectual moralista, en el sentido de Benda, es decir, en la búsqueda en todo lugar de “un principio abstracto, superior y directamente opuesto a estas pasiones”.¹⁶⁶ En 1939 encontró una noción de lo político que fuera universal, libre y crítico: la idea poética de la política.

Louis Panabière argumenta que entre 1928 y 1940 hubo una incompatibilidad de dos movimientos paralelos: uno político y uno cultural. El primero era la búsqueda de crear un Estado organizado alrededor de un partido nacional, es decir, un proyecto integrador. El segundo era un cúmulo de escritores que hablaban y fundaban una cultura en revistas cuyos títulos reflejaban la negativa a cerrar la definición nacional, una necesidad de transgresión. Uno era un movimiento práctico de

164 Vid. Sheridan, *op. cit.* (1989).

165 Vid. Sheridan, *op. cit.* (2011).

166 Benda, *op. cit.*, p. 124.

transformación social; el otro, un movimiento mesiánico para un hombre nuevo: hacer del mexicano un hombre nuevo.¹⁶⁷ Coincidió con Panabièrre en la falta de practicidad, en la búsqueda, en la transgresión, en la creación y en el origen cultural de la estructuración de las ideas de Cuesta frente a los proyectos estatales. Sin embargo, difirieron en que el centro del conflicto en la ofensiva del escritor cordobés haya sido una confrontación entre intelectuales y políticos. Más bien fue un conflicto entre intelectuales e intelectuales, donde la política jugaba un papel clave y en el que no hubo dos posturas claramente agrupadas.¹⁶⁸

Por lo tanto, pienso que la recurrente crítica de Cuesta a sus semejantes frente a los cambios de la política y la sociedad mexicana no era que se involucraran en la política, sino la forma en la que lo hicieron: en vez de buscar “contrariar al realismo de los pueblos, con todo su poder y de pleno acuerdo, han trabajado por excitarlo”.¹⁶⁹ En 1940, escribió que Lombardo:

Se pone la máscara del intelectual, inspira fe a los amigos de la inteligencia, y ya esto conseguido, dirige sus vituperios contra la intelectualidad. Después se envuelve en la bandera revolucionaria, y ya que se le tiene fe, fulmina a la Revolución con sus anatemas socialistas.¹⁷⁰

En sus textos, continuamente señaló que el arte, el conocimiento y la política estaban sometiéndose a otros fines y doctrinas que los alejaban de la libertad y de la crítica. Dejaron el riesgo del arte superficial por uno realista, el uso de la razón científica por el dogma y la experimentación democrática por las fórmulas políticas. Los escritores y artistas como

167 Panabièrre, *op. cit.* (1879).

168 Considero que el francés quiere ver, como lo hizo en muchas de sus obras, a Cuesta como un disidente (al Estado). Además, agruparlo dentro de los contemporáneos para así generar explicaciones maniqueas: Contemporáneos/Estado, integración/transgresión, intelectual/político, expresión/represión.

169 Benda, *op. cit.*, p. 217.

170 Cuesta, “Carta a Emilio Portes Gill” en *op. cit.* (2004), p. 515. El subrayado es mío.

figuras de conocimiento que buscaron dar rumbo a la nueva nación lo hicieron subordinándose a las pasiones políticas, en vez de fomentar lo espiritual, es decir, la creación de una nación universal, libre y crítica. Cuesta “cree ver en el desarraigo lo mexicano fundamental y nos invita a insertar nuestras peculiaridades en una tradición más amplia”.¹⁷¹ En este sentido, el escritor cordobés sí compartió la inquietud generacional de reconstruir al país desde cero, pero esto debía hacerse como el arte moderno de vanguardia y no subordinarlo a las pasiones políticas: “que *mi política*, de acuerdo a la opinión de Xavier [Villaurrutia], sea tan literaria como mis sonetos”.¹⁷² Es decir, los mediocres, en el sentido de Nietzsche, no debían someter a la república de las letras, donde se cristalizaban las más altas virtudes, sino esta debía ser el molde de la nueva nación.

Bauman expone que durante los primeros años del siglo xx hubo un intento de recuperar y reafirmar la centralidad societal y las preocupaciones globales que se habían asociado a la producción y difusión del conocimiento durante la Ilustración. Eran novelistas, poetas, artistas y científicos, figuras con responsabilidad moral y derecho colectivo de intervenir en el sistema político mediante su influencia sobre las mentes de la nación y la configuración de las acciones de sus dirigentes políticos. El objetivo era restablecer la república de las letras y el síndrome del poder-conocimiento que convertía a las figuras de conocimiento en legisladores.¹⁷³

En los textos de Cuesta existía implícitamente el tono de dirigirse a la nación en nombre de la razón y levantarse por encima de las discusiones partidarias o intereses sectoriales, tal cual caracteriza Bauman a estos nuevos intelectuales.¹⁷⁴ Por ejemplo, cuando escribió sobre el rumbo del PNR, Cuesta argumentó que el papel del partido era levan-

171 Krauze, *op. cit.*, p. 587.

172 Cuesta, “Cartas al Doctor Bernardo J. Gastelum” en *op. cit.* (2007), pp. 175-176.

173 Bauman, *op. cit.*, pp. 9-10.

174 Bauman, *op. cit.*, p. 35.

tarse sobre las facciones; su función era mantener el espíritu revolucionario y no a un grupo político. También, en la carta dirigida a Calles, se declaraba voz legítima por su capacidad de ver lo que los involucrados no podían ver.¹⁷⁵ En otros temas, siempre fue recurrente –como ya se ha expuesto– su énfasis en la necesidad de la actividad desinteresada, sea artística o política, o que apelara a la racionalidad de una postura clásica frente a las pasiones románticas.

Bauman argumenta que los hombres de conocimiento aspiraban a una sociedad hecha a imagen y semejanza de la república de las letras, basada en la discusión horizontal y libre.¹⁷⁶ Es probable que Cuesta buscara restaurar una idea parecida del papel de las figuras de conocimiento en los escritores y artistas, en la que las decisiones políticas, si bien no las tomaban ellos, eran frecuentemente consultados por los políticos para tomarlas y así hacían frente a las pasiones políticas realistas y prácticas, como escribió Benda. Es decir, que la forma de vida desinteresada, libre y crítica del artista y del pensador fuera su aportación a la construcción de la nación. Pero, como Bauman escribe, el panorama del siglo xx fue muy diferente. Si durante casi cien años hubo una rivalidad entre expertos y ejecutores –intelectuales y laicos, en el código de Benda–, esta se fue diluyendo conforme el Estado moderno se fortaleció, pero dejó de lado a los intelectuales, y solo se tuvo en cuenta un tipo de pensamiento: la ideología, en el sentido de ideas orientadas a la acción humana, a la legitimación, al control y a la manipulación.¹⁷⁷

Ante esto, durante los primeros años del siglo xx, Bauman expuso que surgió una perspectiva cognitiva universal que intentaba luchar contra otras perspectivas parciales o particularistas. La idea era revelar dichas ideologías y no ofrecer servicios de legitimación. Aspiraban a la planeación de un orden social y político que se adaptara mejor a la misión

175 Cuesta, “La tradición del nuevo régimen” en *op. cit.* (2004), pp. 432-435; y Cuesta, “Carta al General Plutarco Elías Calles” en Cuesta, *op. cit.* (2007), p. 185.

176 Bauman, *op. cit.*, pp. 139-140.

177 *Ibid.*, pp. 144-155.

de su producción, pero sin ver a los políticos como aliados: se situaban por encima de ellos, como analistas, jueces y críticos. La idea era restaurar al legislador, pero las condiciones que habían hecho posible su aparición ya no existían más a causa del fortalecimiento del Estado. Para Bauman, el mejor representante de esto fue Karl Mannheim,¹⁷⁸ pero podemos encontrar otros casos, como Carl Schmitt, que en 1932 hizo evidente, preocupado, una sacralización de la autoridad del Estado y una neutralización de lo político de las masas a través de la religión de la técnica.¹⁷⁹

Lo más probable es que Cuesta nunca haya leído a Mannheim o a Schmitt, pero sí se pueden asimilar sus ideas antiparticularistas y universalistas con las de estos intelectuales de principios del siglo xx. Al fin y al cabo, hizo un ataque feroz a las ideologías y a las doctrinas por considerarlas formas de manipulación de las masas, pues opacaban su potencial creativo individual. También desaprobó el fortalecimiento del Estado mexicano, confrontó la subordinación de los escritores y artistas como figuras de conocimiento a los gestores de la política y planteó una idea de lo político que respondía a los ideales de su producción. Analizó, juzgó y criticó la política del país y, en consecuencia, situó su visión por encima de los políticos, como se mostró con su carta a Calles.¹⁸⁰

Los paralelismos con las actitudes de otros coetáneos, por ejemplo, Mannheim o Schmitt, no deben entenderse como influencias en las ideas de Cuesta, sino como posicionamientos y horizontes culturales similares de ciertas figuras de conocimiento frente a los cambios que estaban experimentando las sociedades occidentales: fue una negación a subordinarse a los poderosos Estados modernos y una búsqueda de alternativas frente al acenso de ideologías y de doctrinas políticas que respondían al surgimiento de las masas como actores y que, poco a poco, buscaron totalizar toda actividad, incluyendo las actividades de las figuras de conocimiento:

178 *Ibid.*, pp. 156-157.

179 Carl Schmid, “La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones” en *El concepto de lo político*, trad. Rafael Agapito, Madrid, Alianza, 2002.

180 Cuesta, “Carta al General Plutarco Elías Calles” en *op. cit.* (2007), p. 185.

el arte y la escritura. Por ello, Cuesta encontró en la lectura de las ideas de Benda un eco de su realidad mexicana.

A partir de este horizonte cultural, Jorge Cuesta concibió –al igual que sus colegas mexicanos– que el país estaba en un proceso de reconstrucción desde cero. Pero, a diferencia de muchos de ellos, visualizó que la participación en dicho proceso debía partir de los valores creados desde las experiencias como figuras de conocimiento y no traicionarse poniendo al servicio de políticos mediocres el arte, el conocimiento o la misma política. La literatura forjó en él las ideas centrales de libertad y crítica, y con ellas buscó el principio abstracto que hiciera frente a las pasiones políticas. La reconstrucción nacional estaba en el arte superficial, en la ciencia desinteresada y en la democracia política, ya que solo en ellos se encontraba la libertad y la crítica.

UN MODELO DE INTELLECTUAL PARA LA GUERRA FRÍA

Llevar al marxismo y a Marx al debate público para descalificarlo como autoridad válida para sus semejantes fue una apuesta de Cuesta para poner en crisis una concepción de lo que el hombre de conocimiento debía hacer frente a la construcción de la nación. En consecuencia, la descalificación y la formación de un núcleo antimarxista/anticomunista –distinto al tradicional católico– por parte de Cuesta fue un elemento del proyecto más grande: construir un tipo de intelectual distinto al prototipo de la época (Diego Rivera), y que retomará, resignificará y popularizará una de las figuras claves de la segunda mitad del siglo xx, Octavio Paz.

Este modelo fue el del intelectual desinteresado y crítico, cuya posición le permite colocarse arriba de las coyuntura, los actores y de las pasiones políticas para darle guía a la sociedad, defendiendo la libertad que hace posible su práctica. Sin embargo, en esta concepción quedó la impronta anticomunista que Cuesta desarrolló y que cobrará otros sentidos en el contexto particular de México durante la Guerra Fría. Los

personajes de la segunda mitad del siglo xx que se basaron en este prototipo de intelectual resignificarán los argumentos de Cuesta contra el marxismo para sus propias luchas.

Tampoco hay que obviar que, en la polémica, Cuesta se empapó de lógicas y conceptos dados por el mismo marxismo, así como que muchas de sus ideas fueron respuestas a argumentaciones de corte marxista. También, sus adversarios tuvieron que actuar de la misma forma. Es decir, es posible suponer que la misma puesta en debate del marxismo por parte de Cuesta generó cierta trascendencia en la recepción de Marx en México (tanto en los núcleos de simpatizantes como en los críticos).